EN EL SENO DE LA MUERTE

JOSÉ ECHEGARAY

Freeditorial

LEYENDA TRÁGICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

PERSONAJES:

DON JAIME, Conde de Argelez.
BEATRIZ, Condesa.
MANFREDO, bastardo de Argelez.
JUANA.
ROGER, escudero.
BERENGUEL, alcaide.
DON PEDRO III DE ARAGÓN.
LAURIA.
MARQUET, capitán.
BARROSO, capitán.
ZURITA, soldado del rey.
CABRERA, soldado del rey.
UN PAJE, que habla.

Pajes, escuderos, capitanes, almogávares, etc.
Año 1285, en Aragón.

El primer acto, en un castillo de los Pirineos. El segundo y tercero, en el castillo de Argelez, también en los Pirineos.

AL EMINENTE ACTOR DON RAFAEL CALVO

A usted, que con su gran talento y con su altísima inspiración, ha dado vida a este drama, el sublime horror trágico a que yo aspiraba a su pensamiento, y a mí un triunfo que nunca olvidaré, dedico esta obra, en prueba de gratitud, de amistad y de admiración.

JOSÉ ECHEGARAY.

ACTO PRIMERO

La escena representa el salón principal de un castillo roquero, próximo a una pequeña villa, ambos situados en las gargantas de los Pirineos. Ventana a la derecha; a la izquierda, dos puertas; puerta en el fondo. Estilo severo. A la izquierda, mesa y sillón blasonado. Es la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

ROGER DE PERALADA, *en primer término. Por el fondo, un momento después,*
BERENGUEL DE LAS PANIZAS.

BERENGUEL. Dios guarde al buen Peralada.
ROGER. Dios traiga para algo bueno
al alcaide de la torre,
que en este maldito cerco,
más nos importa guardar
contra el francés, por don Pedro.
BERENGUEL. Mientras tenga Berenguel
las llaves del «torreón viejo»,
quien entre al grito de «¡Francia!»
en él dejará los huesos;
que aquella vetusta mole
y aqueste almogávar fiero,
no reconocen más rey,
de Valencia al Pirineo,
que el monarca de Aragón,
el noble Pedro Tercero.
(Saludando.)
ROGER. Me agrada en ti ese lenguaje.
BERENGUEL. ¿En qué ocasión ni en qué tiempo
no afirmé con mis palabras
lo que proclaman mis hechos?
¿Dudas de mí?
ROGER. ¡Yo dudar!...
BERENGUEL. ¿No? Pues por ti lo celebro.
ROGER. Es, Berenguel, que muy tristes
son los años que corremos,
más fecundos en infamias
que ricos en escarmientos.
Que la «lealtad» anda viuda,
porque no hay caballero
que la despose, y en cambio,
la «traición» los halla a cientos.
No hay amigo del amigo,
ni los deudos son ya deudos,
ni hay hermano para hermano,
si anda la ambición por medio.

BERENGUEL. Dígalo el que el Rosellón
ha vendido al reyezuelo
que entre un «legado del Papa»
y el «rey de Francia» soberbio,
mandó Roma vengativa
a recoger de este suelo
la noble y férrea corona
de don Jaime y de don Pedro.
Él «le» abrió nuestras fronteras:
¡mal rayo le hubiera abierto!
Mas a cerrarlas venimos
con peñascos y con pechos,
y el Pirineo es muy duro,
y el aragonés muy terco.

ROGER. ¡Ojalá que todo salga
a medidas del deseo!
Pero asómate a las torres
de este castillo roquero,
y verás la odiosa hueste
en que nos vemos envueltos,
apretando sus anillos
contra nuestros muros viejos.
¡Ah Berenguel, que no bastan
duras piedras, nobles pechos,
para atajar el torrente
que asoma por esos cerros!
El mismo Carlos de Francia,
de sus fuerzas con el grueso,
se nos vino por sorpresa
encima.

BERENGUEL. Ya le tendremos
debajo, que para todo
se encuentra manera y tiempo.
Como el conde de Argelez,
(Con misterio.)
de aqueste castillo dueño,
quiera resistir...

ROGER. ¡Don Jaime!...
Si hay un hombre en todo el reino
capaz de arrancar al diablo
cotona, cabeza y cetro,
ese hombre es el conde. Y pon
en lo que dices más tiento.

BERENGUEL. Ni dudo de su coraje,
ni hay varón de más esfuerzo,
ni en las torres de Argelez
nació mejor caballero.
Pero el hombre al fin es hombre,
y so lo que hay aquí dentro
(Golpeándose en el pecho.)
está en poder de una hermosa,
ya no es suyo.

ROGER. ¿Y temes?...

BERENGUEL. Temo

que la condesa le apoque,
y que en llegando el momento
del estrago, por salvarla,
abra el muro al extranjero.
Ya lo dije.

ROGER. Y si lo dicho
no recoges, te prevengo
que a estocadas volverá
(Poniendo la mano en el puño de la espada.)
a tu garganta de perro.

BERENGUEL. Es poco hombre Peralada
para Berenguel el viejo.
No bastan manos de niño
para tan curtidos cueros,
y son dardos mis palabras
que se meten carne adentro.

ROGER. En eso sí que verdad
dijiste.

BERENGUEL. Pues ya lo creo.
En eso y en todo, y siempre
sé lo que digo, mancebo.
En este castillo sobran
mujeres: y me refiero
a la condesa; y si acaso
no te basta, darte puedo
otro nombre: cierta Juana,
esposa de un escudero,
sin tacha como soldado;
pero, como hombre, sin seso.

ROGER. Y por si no te bastase
morder al conde, tu dueño,
y ultrajar a la condesa
con tus malos pensamientos,
¿babeas contra mi Juana
lo que queda de veneno?
Pues probemos si es tan duro
como dices tu pellejo,
que ya no te aguanto más
insolencias, ¡vive el cielo!
(Desnuda la espada.)

BERENGUEL. Qué, ¿te empeñas?

ROGER. ¿No lo ves?

BERENGUEL. Pues probemos. *(Lo mismo.)*

ROGER. Pues probemos.

ESCENA II

ROGER, BERENGUEL, BEATRIZ *y* JUANA. *Las dos últimas, por la izquierda, primer término.* JUANA *hace un movimiento; la* CONDESA *la contiene. Los pajes se retiran después de dejar las luces sobre la mesa.*

ROGER. ¡La condesa! *(Bajando su acero.)*
BERENGUEL. ¡La condesa! *(Lo mismo.)*
BEATRIZ. ¡Roger!
ROGER. ¡Señora!
BEATRIZ. ¿Qué es eso?
¿Es que ya no hay enemigos
en los altos Pirineos,
y armas que huelgan afuera
distracción buscan adentro?
¿Es que al ver a los franceses
guardar tan poco respeto
a esos muros señoriales
queréis los dos no ser menos?
BERENGUEL. *(Envainando la espada; lo mismo,* ROGER.*)*
Perdóneme mi señora;
hice mal, y lo confieso.
BEATRIZ. ¿A qué vienes?
BERENGUEL. Me llamó
el conde y aquí le espero.
BEATRIZ. Salió a visitar los fuertes,
las atalayas y puestos
avanzados, y no sé
cuándo volverá.
BERENGUEL. Si es eso,
y licencia concedéis...
(Como para retirarse.)
Hago falta hace ya tiempo
en mi torreón. Cuando cierre
la noche vendré de nuevo.
BEATRIZ. ¡Adiós, Berenguel!
BERENGUEL. *(Saludando para salir.)*
Señora...
ROGER. *(En voz baja.)*
¿Cuándo podré verte?
BERENGUEL. *(Lo mismo.)*
Luego.
(Vase BERENGUEL *por el fondo.)*

ESCENA III

BEATRIZ, JUANA *y* ROGER. BEATRIZ *se sienta junto a la mesa;* JUANA *y* ROGER*, a su lado, en pie.*

BEATRIZ. ¿Por qué reñíais?
ROGER. Ese hombre
infunde a todos sospechas.
Si en el castillo no hay brechas
todavía, ¡por mi nombre!
que abrirlas al enemigo
puede de noche un traidor,
y que la brecha mejor
para un muro es un postigo.
BEATRIZ. Berenguel fué siempre leal.
ROGER. Eso pensé yo también.
BEATRIZ. ¿Y ahora no lo piensas?
ROGER. ¿Quién
se libra de pensar mal?
BEATRIZ. ¡Sin pruebas!
ROGER. Alguna tengo,
y con ella brego y lucho.
BEATRIZ. Pues habla, que ya te escucho.
ROGER. Pues a la verdad me atengo.
(Pausa. Se acerca con misterio a la CONDESA.*)*
Anoche, para cumplir
orden que el conde me dió,
ya muy tarde, bajé yo
al subterráneo que abrir,
como encubierto camino,
hizo el conde Bonifacio
desde este antiguo Palacio
hasta el collado vecino.
Sabéis que rodeando pasa
del torreón viejo el cimiento,
que en él busca fundamento
con su enorme cueva rasa,
y que de ella, bien o mal,
le separan noche y día
un muro de cantería
y una verja de metal.
Por la angostura avancé
con la linterna tapada;
llegué a la verja cerrada,
me detuve y escuché.
Sombras, silencio medroso;
húmedo y frío el ambiente;
y por encima el torrente
que viene a llenar el foso.
A pasar iba más lejos,

cuando en la cueva de al lado,
y por entre el enrejado,
vi de una luz los reflejos.
Me asaltan extrañas dudas;
me paro y miro al través;
son Berenguel y un francés,
los dos con cara de Judas.
Escucho, pero no hay modo
de entender su charla eterna;
salen por una poterna...

BEATRIZ. ¿Y el conde?

ROGER. Lo sabe todo.
Por eso le llama aquí,
y él por eso teme el daño.

BEATRIZ. Es extraño.

ROGER. Muy extraño.

JUANA. *(Mirando al fondo.)*
¡Don Jaime!

ROGER. *(Lo mismo.)*
Don Jaime, sí.

ESCENA IV

BEATRIZ, JUANA, ROGER *y* DON JAIME. *Este aparece en la puerta del fondo con algunos capitanes. Allí se detiene y habla con ellos. Viene con loriga, guanteletes y casco, o como el actor crea oportuno, dado que acaba de efectuar un reconocimiento.*

JAIME. *(En el fondo, como dando órdenes.)*
De asalto al menor asomo,
la campana el aire hiera;
de trecho en trecho, una hoguera
para derretir el plomo;
las catapultas, armadas;
los honderos, prevenidos;
los hierros, enrojecidos,
y las estopas, mojadas.
Esta noche no hay reposo,
que en el campo hay movimiento,
y que vengan al momento
Lauria, Marquet y Barroso.

(Los Capitanes se retiran. DON JAIME *avanza quitándose el casco y los guanteletes.)*

BEATRIZ. ¡Jaime!..., ¡mi Jaime!...
JAIME. ¡Beatriz!
BEATRIZ. ¿Temes algo?
JAIME. Por mí, nada;
por ti todo, prenda amada.
(A ROGER, *con afán.)*
¿Hablaste?
ROGER. Hablé con Ortiz.
JAIME. *(Llevándole aparte, y en voz baja.)*
¿Y dará paso seguro
el francés?
ROGER. Buenas son ésas:
cien doblas aragonesas,
mejor que el mejor conjuro,
en el diablo hacen desmoche
y le truecan en cordero.
JAIME. ¿Y ha de ser pronto?
ROGER. Por entero.
JAIME. ¿Y ha de ser pronto?
ROGER. Esta noche.
JAIME. ¡Gracias a Dios! Me has quitado
horrible peso de encima.
Porque sé que se aproxima
el trance desesperado;
que está Carlos prevenido,
que sus máquinas apresta,
que ya cruje la ballesta,
que ya el arco está tendido;
y antes que luzca sus galas
la aurora del nuevo día,
veremos con agonía,

por cien flotantes escalas
sujetas con garfios duros,
cual del jabalí los perros,
los franceses de esos cerros
colgándose a nuestros muros.
Oye, Juana. *(En voz alta.)*

JUANA. Mi señor.

JAIME. ¿Amas mucho a tu marido?

JUANA. Cumplo lo que he prometido
por mi Dios y por mi honor.

JAIME. Para el rey pliegos le di,
y paso pude lograrle.
¿Tú quieres acompañarle?

JUANA. *(Sin poder dominar su contento.)*
¿Fuera del castillo?

JAIME. Sí.

JUANA. ¿Y vos me lo preguntáis?

JAIME. Pues bien, prepáralo todo.
Y tú le explicas...

(Volviéndose a ROGER*; éste hace una señal de inteligencia.)*

JUANA. ¿Y hay modo?

JAIME. De que esta noche salgáis.

JUANA. ¡Pero dejaros! Jamás
*(*A BEATRIZ*, con cariño.)*
podré yo salir sin vos.

BEATRIZ. Padre y madre, dijo Dios,
por tu esposo dejarás.

ROGER. En la colina cercana
(Como dando prisa.)
está esperando el francés.

JAIME. *(A* JUANA*, separándola de* BEATRIZ*.)*
De eso hablaremos después.

JUANA. Adiós, señora.

BEATRIZ. Adiós, juana.

(Vanse JUANA y ROGER *por la izquierda, primer término.)*

ESCENA V

BEATRIZ *y* DON JAIME.

JAIME. Pálido está tu semblante
y tristes están tus ojos.
¿Tienes enojos?

BEATRIZ. ¿Enojos
con esposo tan amante,
con mi Jaime, con mi bien?
Si contigo me enojara,
¿para quién, Jaime, guardara
mi cariño? ¿Para quién?

JAIME. Las angustias del asedio,
sus martirios, sus rigores,
pudieran darte temores,
o al menos tristeza y tedio.

BEATRIZ. No, te equivocas; jamás
tan dichosa me he sentido.
El mismo Dios ha querido
reunirnos, y tú verás
cómo este lazo es tan fuerte
que resiste, y no te asombres,
a la maldad de los hombres
y al estrago de la muerte.

JAIME. ¡Ah pobre niña, mecida
en la cuna de mis brazos
desde que en divinos lazos
despertaste a nueva vida!
¿Qué sabes tú del deshecho
furor de esta horrible empresa,
si siempre estuviste presa
en la cárcel de mi pecho?
Si el mundo no conociste
ni entre sus olas luchaste;
si a mí tan sólo adoraste
y a ninguno aborreciste.
Si yo forjé en mis castillos,
entre enamorado y terco,
de mis manos con el cerco,
tus esposas y tus grillos.
Si jamás llegó el dolor
en tu blanco seno a herir;
si a nadie viste morir
más que a tu Jaime de amor.
¡Qué sabes tú del delirio
que infunde al hombre la guerra,
si no sentiste en la tierra
más martirio que el martirio
que impuso a tu blanca tez
algún beso enamorado
en el camarín dorado
de mi torre de Argelez!

BEATRIZ. Ese recuerdo tenaz
de aquellos tiempos ¡me mata!
JAIME. Sí, Beatriz, bien se retrata
el dolor sobre tu faz.
Ahora la muerte doquiera;
muy pronto el asalto fiero...
Oye, Beatriz, yo no quiero...
BEATRIZ. Yo sí, ¿qué importa que muera?
Con tal que yo muera aquí,

(Dice esto aproximándose a DON JAIME*, aferrándose a él, cual si temiese que los separasen, y mirando con recelo alrededor.)*

a tu lado, como honrada;
con tal que no venga nada
a separarme de ti;
con tal que del alma el foco,
en que eterna esencia hierve,
puro hasta el fin se conserve,
¡lo demás importa poco!
La muerte es sueño profundo
que sólo espanta al cobarde;
la verdad viene más tarde
con la vista de otro mundo.
Me basta, Jaime, con verte,
pero verte sin espanto,
y siempre amándome tanto
en el seno de la muerte.
(Se abraza aún más a él y oculta el rostro.)
JAIME. Y yo, conde de Argelez,
el más noble de esta tierra,
el espanto de la guerra
contra el moro de Jerez,
por lograr tu salvación,
y sacarte de esta villa,
diera al árabe Castilla
y al francés el Aragón.
BEATRIZ. Es fantástica quimera
y es tristísimo desbarro
en un ídolo de barro
poner la existencia entera.
No, Jaime, no; tu deber
y tu honor conserva ilesos;
esos tus ídolos, esos
que siempre son, deben ser.
JAIME. Tu nobleza al contemplar,
tu hermoso acento al oír,
más te amara, a no sentir
que más no te puedo amar.
Por fortuna la honra mía
y tu amor no se preparan
a luchar, que si lucharan
yo sé bien cuál vencería.

Muy al contrario, a mi ver,
en este trance de horror,
sólo salvando mi amor
puedo cumplir mi deber.

BEATRIZ. No te comprendo.

JAIME. Pues oye,
Beatriz y no me interrumpas.
En lamentos no prorrumpas
cuando mi mano se apoye
en tu mano de este modo,

(Se acerca a ella, le coge una mano, la mira fijamente y la atrae a sí.)

y en tus ojos busque tu alma
y te pida fuerza y calma
para decírtelo todo.

(Pequeña pausa.)

Que mi castillo es muy viejo,
que el sitiador entrará,
que quien no ceje caerá
y que yo Beatriz, no cejo.
Sin recursos no es de ley,
ni yo puedo resistir;
pero yo puedo morir
por Aragón y su rey.

BEATRIZ. Ya lo sé. Ya lo he pensado,
que esa gente es fiera y terca;
por eso quiero estar cerca,
para morir a tu lado.

JAIME. Mira que lo he de evitar.

BEATRIZ. Pues mira cómo ha de ser.

JAIME. Estando al amanecer
mi esposa en el castañar
que por la parte de Oriente
termina ese bosque umbrío;
pasando después el río,
y escoltada por mi gente,
que es de confianza y de prez,
en todo el camino viejo,
del sol al postrer reflejo
llegando al fin a Argelez.

BEATRIZ. ¿Yo? ¡Sola!

JAIME. No; por mi hermano
Manfredo allí protegida,
aguardas de esta embestida
el desenlace cercano.
Responde, Beatriz: ¿irás?

BEATRIZ. No. ¿Separarme de ti,
y mientras mueres aquí
yo con Manfredo? Jamás.

JAIME. Pues todo está preparado,
y con Roger y con Juana
has de partir.

BEATRIZ. Lucha vana.
No hay poder en lo creado,
mal a mal o bien a bien,

que me obligue a abandonarte.

JAIME. Es que yo quiero salvarte.

BEATRIZ *(Para sí.)*
Salvarme quiero también.

JAIME. ¡Beatriz!

BEATRIZ. ¡Jaime!

JAIME. ¡Por mi amor!

ESCENA VI

BEATRIZ *y* DON JAIME. *Un* PAJE, *por el fondo.*

JAIME. ¿Quién va?
PAJE. Si me dais licencia...
JAIME. ¿Qué buscas?
PAJE. Con gran urgencia
hablaros quiere, señor,
un capitán, que por ley
de su arrojo y su fatiga,
burló la línea enemiga,
y es mensajero del rey.
JAIME. Que pase.
(Vase el PAJE*)*

ESCENA VII

BEATRIZ *y* DON JAIME. MANFREDO*, por el fondo.*

JAIME. ¡Beatriz!
BEATRIZ. No cedo.
MANFREDO. *(Aparte.)*
Ella y él juntos están.
JAIME. Acérquese el capitán.
MANFREDO. *(Avanzando.)*
¡Jaime!
JAIME. *(Reconociéndolo.)*
¡Manfredo!
BEATRIZ. *(Con horror.)*
¡Manfredo!
*(*DON JAIME *va a su hermano con afán y le abraza con cariño.)*
JAIME. ¿Por qué vienes?
MANFREDO. Porque el rey
pliegos me dió para ti,
(Saca unos pliegos y se los entrega.)
y porque supe que aquí
se luchaba, y es de ley,
mientras se conserve entera,
que no esté ociosa la espada
contra esa infame cruzada
que cruzó nuestra frontera.
JAIME. Pero di, ¿cómo pudiste
pasar el campo francés?
MANFREDO. Mi lema sabes cuál es:
«Querer y basta.»
JAIME. ¿Y quisiste?
MANFREDO. Y quise y pasé. Y es cosa
averiguada que ya
nadie me separará
de mi hermano y de su esposa.
JAIME. Pues ya tardas, y es desliz,
en darle brazos de hermano.
(Señalando a su esposa.)
A mí primero, esto es llano,
pero después, a Beatriz.
MANFREDO. *(Acercándose a BEATRIZ.)*
Los estragos de la guerra
empañar no consiguieron,
cuando al espacio subieron
en vapores de la tierra
en una y otra jornada
del asedio de la villa,
ni el carmín de esa mejilla
ni el fulgor de esa mirada.
Pálido pensé encontrar
ese divino semblante,
¡pero no hay sombra bastante
para tanto luminar!

BEATRIZ. Velaba Jaime por mí,
y por mí velaba Dios.
MANFREDO. Pues ahora seremos dos
y Dios a velar por ti.
JAIME. Tarde es ya; la ruina llega
y el muro ya no protege,
y es forzoso que se aleje
de este castillo, y se niega.
MANFREDO. ¡Salir del castillo!
(Con sorpresa y enojo mal contenidos.)
JAIME. Escudo
que se rompe se abandona.
Torre que se desmorona
no aprovecha.
MANFREDO. *(A* BEATRIZ*, con afán.)*
¿Y tú?
BEATRIZ. Yo dudo.
(Con intención y mirándole fijamente.)
JAIME. ¿Qué dices, que el corazón
se me ensancha al escucharlo?
BEATRIZ. Digo, después de pensarlo,
que quizás tengas razón.
Aquí tu cuidado absorbo,
amortiguo tu pujanza,
soy estorbo a tu venganza,
y a tu gloria soy estorbo.
Todo el tiempo que a mis pies
con caricias te aseguro,
haces falta sobre el muro
cerrando el paso al francés.
Tienes que pensar en dos
en tanto que yo esté aquí,
pues no pienses más que en ti
y en tu patria, Jaime... ¡Adiós!
JAIME. ¡Beatriz, alma de mi vida!...
(Atrayéndola hacia sí; ella huye la mirada de su esposo.)
¡Que tu faz a mí se incline!
MANFREDO. *(Aparte.)*
¡Entonces para qué vine!
BEATRIZ. ¿Y la fuga?
JAIME. Prevenida.
Roger... Juana...
(Acercándose a la primera puerta de la izquierda y llamando.)

ESCENA VIII

DON JAIME, BEATRIZ, MANFREDO, JUANA *y* ROGER. *Los dos últimos, por la izquierda, primer término.*

ROGER. Todo está
esperando a la condesa.
El crepúsculo acabó,
la noche viene muy negra,
el campamento en reposo,
a la escucha el centinela.
Tan sólo se oye a lo lejos,
cual bramido de una fiera,
el del torrente que baja
desde la vecina sierra,
engrosado por las nieves
e irritado por las peñas.
JAIME. ¿Y la luz?
ROGER. Apareció
en la atalaya que cierra
la boca del subterráneo.
JAIME. ¿Entonces?
ROGER. Ese hombre espera.
JAIME. Pues esperadme un instante,
sólo un instante, a que lea
estos pliegos y a que traiga
otros que al rey interesan,
y que has de llevar tú mismo,
(A ROGER.*)*
a Gerona o a Figueras,
o donde don Pedro se halle
y le alcance tu presteza.
Volveré... Beatriz..., hermano...
(Despidiéndose.)
Entra luego, que una idea
(A MANFREDO.*)*
tengo y quiero consultarte.
MANFREDO. Entraré, Jaime, no temas.
(Vase DON JAIME *por la izquierda, segundo término.)*

ESCENA IX

BEATRIZ, MANFREDO, JUANA *y* ROGER.

BEATRIZ. *(Habla afectando cierta alegría y procurando dominar su emoción.)*
Al fin vamos a escapar
de este infierno. Aquí se quedan
los hombres para la lucha.
Manfredo, no te lo ruega
mi labio, porque es inútil.
¡Por mi Jaime! ¡Por él vela!
¡Es mi vida!

MANFREDO. Si es tu vida,
por él daré mi existencia,
que vida que a ti te importa
bien vale la que me pesa.

BEATRIZ. *(Separando la vista de* MANFREDO.*)*
Aun cuando no me importase,
es tu hermano.

MANFREDO. Mala cuenta,
que a veces en esta lucha
de las pasiones revueltas,
se vierte la sangre propia
mejor que la sangre ajena.

BEATRIZ. Pues yo sé bien que por él...

MANFREDO. Por él y «por ti».
(Bajando la voz y acercándose. JUANA *y* ROGER *hablan en el fondo.)*
¿Tan negra
es mi suerte que te ofende
de mi cariño esta prueba?

BEATRIZ. *(Mirando con recelo a* JUANA *y a* ROGER.*)*
Más bajo, por Dios, más bajo.

MANFREDO. ¿Pues qué sentido le presta
a tal palabra «cariño»
tu razón y tu conciencia,
que tanto temes que se oiga?
(Acercándose con apasionamiento.)
Mi cariño, ¿a qué te suena
que quieres que sólo a ti
llegue y en ti sólo muera?

BEATRIZ. *(Turbada.)*
¿Yo temer? ¿Y por qué causa?
Ha sido no sé qué idea...
De tanto fragor de muerte,
de tanto grito de guerra,
cuajados están los aires,
manchadas están las piedras,
y los más dulces acentos,
y las palabras más tiernas,
contra esos ásperos muros,

y en esta atmósfera densa,
toman algo de siniestro
y en algo infame se truecan.
Manfredo, verdad dijiste:
¡Yo la torpe! ¡Yo la necia!
Manfredo, verdad dijiste:
¡vela por tu hermano, vela!
¡Que es mi esposo, que es tu sangre!
¡Yo lo pido!... ¡Dios lo ordena!
(Oculta el rostro entre las manos y llora.)

JUANA. *(Acercándose y procurando consolarla.)*
No lloréis.

BEATRIZ. ¡Ay Juana mía!,
tú estás libre de esta prueba;
tu Roger contigo parte,
aquí mi Jaime se queda.

MANFREDO. *(En voz baja y separándola de* JUANA.*)*
Si tanto te ama, ¿por qué
no te sigue? Yo muriera
por él dentro de estos muros
sin proferir una queja,
si esto te agradase. Y, mira,
la misma sangre corriera,
ya muriendo el de Argelez,
ya Manfredo el de Provenza.
Y aunque su mano es muy fuerte,
no es más fuerte que mi diestra.
Y el que rodase hasta el foso,
o ensangrentase la almena,
bajo el golpe formidable
de mi doble hacha de guerra,
entre el uno y otro hermano
no es fácil que distinguiera;
que no hiere más profundo
que yo, ni con más presteza.

BEATRIZ. Si fuera capaz mi Jaime
de aceptar tan vil oferta
y de manchar por mi amor
el nombre ilustre que lleva,
entonces, Manfredo..., entonces...

MANFREDO. *(Con energía.)*
Es que amaría de veras:
que así saben los «bastardos»
(Golpeándose el pecho.)
amar; aunque nunca llegan
ni a señores de Argelez,
ni a dueños de tal belleza.
(Señalándola con pasión.)

BEATRIZ. *(Turbada y temerosa.)*
¿Por qué me miras así?

MANFREDO. Perdón: mi señor me espera.
(Vase por la misma puerta que DON JAIME.*)*

ESCENA X

BEATRIZ, ROGER *y* JUANA. BEATRIZ, *separada de los otros, que forman un grupo.*

ROGER. *(A* JUANA.*)*
Siniestro el bastardo va
y ella espantada se queda.
Algo dijo él por lo bajo
que en voz alta no dijera.

JUANA. ¿«Siniestro» dices? Quizá
como todo hombre de guerra
que acorralado se ve
y apareja la defensa.
¿«Espantada» mi señora?
Juzga cómo yo estuviera
si al abandonar la torre
mi Roger quedase en ella.

ROGER. No es eso. Si es que el bastardo,
más que por la descendencia,
es bastardo por el alma
que dentro del cuerpo lleva.

JUANA. Mal le quieres.

ROGER. Lo confieso.

JUANA. Roger, ese odio me inquieta,
que temo que alguna vez,
por no refrenar tu lengua,
de Manfredo los enojos
al fin contra ti se vuelvan.
Eres humilde escudero
y él es noble.

ROGER. Sólo a medias;
y es preferible tener
toda la sangre plebeya,
pero honrada, a dividirla
en dos mitades opuestas:
una limpia, otra manchada,
y ambas por las mismas venas,
que basta muy poco cieno
para enturbiar una alberca.

JUANA. Habla más bajo, que puede
escucharnos la condesa.

(Siguen hablando.)

BEATRIZ. «Pensamiento», que me abrasas;
«corazón», que te rebelas;
«voluntad», que desfalleces;
«alma» que no estás entera,
¿qué fuisteis que ya no sois?
¿Qué sois, que me da vergüenza
tan sólo el imaginar
que tan sólo allá en la idea,
y sólo por un momento,
y del sueño entre las nieblas,
y por mi parte sin culpa,

hayáis sido por sorpresa
lo que si yo sospechase
que pudierais ser de veras,
a todos cuatro os llevara
a la muerte con mi afrenta,
arrojándome en el foso
por el hueco de una almena?
¡A todos cuatro conmigo
y con mi cuerpo que os lleva!
A «ti», por ser tan impuro;
(Oprimiéndose la frente, habla con su pensamiento.)
«a ti», por tu ruin ralea;
(Oprimiéndose el pecho, se refiere al corazón.)
«a ti», voluntad, por débil;
«alma», a ti, porque eres media,
y si la otra está en el cieno,
en el cieno estés entera.
Juana, partamos al punto;
Roger, tu brazo me presta,
que aquí se me acaba el aire,
que aquí se me hunde la tierra,
que ya me falta hasta el cielo
bajo esta bóveda negra.

ROGER. Pero ¿el conde?...

BEATRIZ. Ven, Roger...

JUANA. Un instante.

ROGER. El conde llega.

ESCENA XI

BEATRIZ, JUANA, ROGER, DON JAIME *y* MANFREDO. *Los dos últimos, por la izquierda, segundo término;* DON JAIME *trae un pergamino que entrega a ROGER.*

JAIME. Para don Pedro. Y apura
tanto, que así que lleguéis
al castillo y que dejéis
a la condesa segura,
a llevarlo has de salir.
(Señalando el pergamino.)
Y tú, que veles por ella.
(A JUANA.*)*
Y tú, mi Beatriz, mi estrella,
(Separándola de los demás y hablándole a ella sola.)
cielo de mi porvenir,
si es posible adivinar
en un rostro el pensamiento,
adivina lo que siento,
porque no lo sé expresar.
Sólo sé que ha rato lucho
con una lágrima osada
bajo el párpado encerrada,
y si no la oprimo mucho
para que bien la sujete,
no es difícil que consiga,
o rodar por la loriga
o manchar el coselete.
Y ya ves que en un guerrero
tal flaqueza indigna fuera:
mi mismo hermano dijera
que este arnés de fino acero
no forjó con tanto afán,
ni a costa de fuego tanto,
para mandarlo de llanto
el armero de Milán.
Conque sal pronto de aquí.
(Rechazándola dulcemente. MANFREDO, *aparte, los contempla con enojo.* JUANA *y* ROGER, *algo en segundo término.)*
BEATRIZ. ¡Jaime!
JAIME. Mi Beatriz, mi fe,
no olvides lo que te amé
cuando estés lejos de mí.
BEATRIZ. Si nos separa a los dos
la muerte, aún queda otra vida.
JAIME. ¡Adiós, mi esposa querida!
¡Adiós!... No digas «¡adiós!»
(Conteniéndola y separándose de ella.)
Dame los brazos, Manfredo.
(Acercándose a su hermano, abrazándole y en voz baja. BEATRIZ *los mira con extrañeza.)*
Es quizá la última vez.
Cuando llegues a Argelez

desciende, pues yo no puedo,
a la cripta sepulcral
en que mi padre reposa;
besa su fúnebre losa
y di a su sombra inmortal
que he muerto en este torreón
en que él vió la luz primera,
abrazado a la bandera
de don Pedro de Aragón.

MANFREDO. ¿Pero la puerta de bronce
de la cripta?

JAIME. Franca está.

BEATRIZ. *(Aparte, con terror.)*
¡Qué están diciendo! ¿Será...?

MANFREDO. ¡Adiós, Jaime!

JAIME. ¡Adiós!

(Suena la campana de la torre.)

ROGER. ¡Las once!

*(*MANFREDO *se acerca a* BEATRIZ. DON JAIME *se separa hacia la derecha.)*

BEATRIZ. *(A* MANFREDO.*)*
¿Y vas a venir?

MANFREDO. Él mismo
me lo ha rogado allá dentro.

BEATRIZ *(Aparte.)*
¡De modo que siempre encuentro
en mi camino el abismo!

(Pausa. MANFREDO *procura llevarse a* BEATRIZ*; ésta se resiste; lucha consigo algunos instantes; al fin se precipita hacia su esposo y le abraza.)*

¡Jaime!... ¡No quiero partir!

JAIME. ¡Beatriz!

BEATRIZ. ¡Contigo!

JAIME. ¿Qué hacéis,
Manfredo, Roger? ¿No veis
que no puedo resistir?

*(*MANFREDO *y* ROGER *se acercan.)*

BEATRIZ. Si tus enojos provoco,
recházame de tu pecho,
pero en ellos no hay derecho.

JAIME. ¡Si yo no puedo tampoco!
Puede el hombre en su pasión
el corazón traspasarse,
pero no puede arrancarse
(Contemplándola amorosamente.)
a sí mismo el corazón.
¿Por qué no venís, por qué?

BEATRIZ. ¡Nadie romperá estos lazos!

JAIME. ¡Arrancadla de mis brazos,
que no la defenderé!

*(*MANFREDO *la separa, llevándola hacia la izquierda, donde esperan* JUANA *y* ROGER.*)*

BEATRIZ. ¡No quiero!
(En voz baja.)
¡Me das horror!

MANFREDO. ¡Horror! ¡Ni siquiera pena!
¡Yo cumplo lo que él me ordena!

BEATRIZ. ¡Es tu hermano!

MANFREDO. ¡Y mi señor!

BEATRIZ. ¡Suelta!

*(*JUANA *se aproxima, y entre ella y* MANFREDO *se la llevan hasta la izquierda, primer término. En la puerta aguarda ya* ROGER. DON JAIME*, en el extremo derecha.)*

¡Jaime!

MANFREDO. ¡Has de venir!

conmigo!

BEATRIZ. ¡Que no ha de ser!

¡Jaime!

(Tendiéndole los brazos.)

JAIME. ¡No la quiero ver!

(Después de un movimiento como para ir a buscarla, vuelve la cabeza.)

BEATRIZ. ¡Jaime!

(En este momento, y al dar el último grito BEATRIZ*, salen ella,* JUANA, MANFREDO *y* ROGER *por la izquierda, primer término.)*

JAIME. ¡No la quiero oír!

(Tapándose los oídos. Cae desplomado en un sillón, a la derecha.)

ESCENA XII

DON JAIME. BERENGUEL, *después, por el fondo.*

BERENGUEL. *(Acercándose a* DON JAIME*, que permanece anonadado, con la cabeza entre las manos y sin notar la presencia del almogávar.)*
¿Eso es dormir o llorar?
Si duerme, muy mal la torre
vigila, y peligro corre
de ir al foso a despertar.
Y si llora, ¡por mi tierra
y mi santo!, que el remedio
no es muy propio de un asedio,
ni gran máquina de guerra.
A su edad, ¡qué ha de servir,
(Mirándole desdeñosamente.)
aunque se llame Argelez!
Para enamorar, tal vez;
pero no para reñir.
Para esta marcial función
es preciso ¡haber vivido!...,
y tener ya muy curtido
el cutis y el corazón.
Tiempo es ya de concluir.
Aquí estoy.
(En voz alta.)
JAIME. *(Levantándose con ímpetu.)*
¿Y quién es él?
BERENGUEL. El de siempre.
JAIME. ¡Berenguel!
BERENGUEL. Me habéis mandado venir;
pero si acaso importuno...
JAIME. No importunas.
BERENGUEL. O si canso...
JAIME. Ya para mí no hay descanso
ni más pensamiento que uno.
BERENGUEL. Entonces aquí me quedo.
JAIME. Mírame de cerca y fijo,
y di la verdad. La exijo.
Al mirarme, ¿sientes miedo?
(Pausa. DON JAIME *le mira fijamente.* BERENGUEL *se sonríe con desdén.)*
BERENGUEL. Allá en mis años, señor,
con otro «don Jaime» andaba,
con otro que se llamaba
«don Jaime el Conquistador».
Me miró más de una vez,
y nunca miedo sentí.
(Dice esto con cierta insolencia.)
JAIME. ¿Pero ahora lo sientes, di,
al mirar al de Argelez?
A esto responde, o al potro
tu lengua y tu cuerpo doy.
Y en cuanto a ti si fuí y si soy,

soy tan bueno como el «otro».

BERENGUEL. Y vos, ¿qué pensáis de quien
os mira de modo tal?

JAIME. Que te han juzgado muy mal;
(Después de mirarle un momento.)
o que tú finges muy bien.

BERENGUEL. ¿Qué dicen?

JAIME. Corre el rumor,
rumor que llegó a mi oído,
que al francés estás vendido.

BERENGUEL. ¿Me acusan, pues?...

JAIME. De traidor.

BERENGUEL. Y tiene algún fundamento
lo que dicen.

JAIME. *(Con voz amenazadora.)*
¡Berenguel!
¿Con el francés?

BERENGUEL. Pues con él.

JAIME. ¿Tú?

BERENGUEL. ¡Cabal! Yo nunca miento.
Con el extranjero trato,
(Dice todo esto con aire de triunfo y como gozándose de la sorpresa de su dueño.)
aunque no por mi ganancia.
Con el mismo rey de Francia
hablé claro y largo rato.
Y en la enorme cueva vieja,
cual fantasmas con arneses,
un buen golpe de franceses
ya sus armas apareja.
(Riendo.)

JAIME. *(Echándole mano con ímpetu.)*
¡Traidor!

BERENGUEL. Sí, traidor se llama,
al pronto, al que os ha traído
a Felipe el atrevido,
con su famosa oriflama,
al centro del gran torreón,
clave de la fortaleza;
mas si por traidor empieza,
es por su cuenta y razón.

JAIME. *(Sin poder casi dominar su impaciencia.)*
¿Cuál es?

BERENGUEL. Así les arguyo.
(Con malicia y refiriéndose a los franceses.)
«Una señal. El asalto.
¡Arriba entonces! Yo falto,
y, claro, el torreón es suyo.»
(Ríe de nuevo por el chasco que les prepara.)

JAIME. Jugando estás con la muerte,
y jugada va tu vida:
ten la espada prevenida
porque voy a echar la suerte.

BERENGUEL. Echada está y no me aterra.

JAIME. ¡Pero con traición y dolo!

BERENGUEL. Como queráis; yo sé sólo
que son artes de la guerra.
JAIME. En un infierno has metido
mi pensamiento anhelante;
aún no comprendo bastante,
pero ten por entendido
que yo no mancho mi honor
con empresas traicioneras,
y que de todas maneras
vas a resultar traidor.
BERENGUEL. *(Ya algo desconcertado ante el enojo de* DON JAIME.*)*
Pues o traidor o leal,
ya en la empresa me metí,
que estando en guerra creí
que no os pareciese mal.
Pero tal como ella es,
si vos no la rematáis,
la fortaleza entregáis
cual un traidor al francés.
JAIME. *(Con suprema angustia.)*
¿Puedo impedirlo?
BERENGUEL. *(Le mira y se ríe con risa entre estúpida, maliciosa y feroz.)*
Es corriente.
(Acercándose a él y con voz de triunfo y de misterio.)
En el hueco cavernoso
se mete «el agua» del foso
y también «la» del torrente.
*(*DON JAIME *da un grito de terror y retrocede.* BERENGUEL *le sigue explicando su plan.)*
«Una» les corta la entrada;
«otra» corta la salida.
¡La gente queda cogida,
y es ya nuestra la jornada!
Lo mejor de aquella grey:
seis varones esforzados,
más de quinientos soldados,
y tal vez el mismo rey.
JAIME. Pero, ¡mal rayo te parta
y partido te confunda!,
ese torrente que inunda
y de su cauce se aparta,
¿adónde va, Berenguel?
BERENGUEL. Al desagüe que le dejo.
JAIME. *(Cogiéndole por un brazo y sacudiéndolo, furioso.)*
¿Cuál?
BERENGUEL. El subterráneo viejo.
JAIME. *(Con voz terrible.)*
¡La condesa va por él!
BERENGUEL. ¡Ella!... Lo siento... y me pesa.
JAIME. Tu infame traición lo quiso.
BERENGUEL. *(Rehaciéndose con fiereza.)*
Pues elegir es preciso
entre el rey y la condesa.
JAIME. ¡Y lo dudas, infeliz!
BERENGUEL. Que empiezo a dudar infiero.

(Con desconfianza.)

JAIME. Lo primero es lo primero.

BERENGUEL. ¡El de Aragón!

JAIME. ¡Mi Beatriz!

BERENGUEL. *(Disponiéndose a salir.)*
¡Me encontraréis frente a frente!

JAIME. *(Poniéndose delante.)*
Siempre así me encontrarás.

BERENGUEL. Paso, conde.

JAIME. ¿Adónde vas?

BERENGUEL. A desatar el torrente.

JAIME. *(Con voz terrible.)*
¿Para qué?

BERENGUEL. Para arrojarlo...

JAIME. ¿Sobre quién?

BERENGUEL. Sobre quien sea.

JAIME. Pues que tanto lo desea,
al fin logra desatarlo;
(Desnudando la espada.)
pero el torrente soy yo.

BERENGUEL. *(Lo mismo.)*
El traidor debéis decir.

(Quiere pasar y DON JAIME *le cierra el paso.)*

¡Paso!

JAIME. ¡Jamás! ¡A reñir!

BERENGUEL. ¡Y a muerte!

(Riñen con furia y en silencio.)

JAIME. Que es la que doy.

(Cae BERENGUEL *muerto.* DON JAIME *queda en pie contemplándolo.)*

ESCENA XIII

DON JAIME; BERENGUEL, *en tierra;* LAURIA, MARQUET *y* BARROSO, *por el fondo, apresuradamente y con las espadas desnudas. Se oye el toque de una campana.*

JAIME. Fué por mi Beatriz. Bien hecho
está lo que hice.
LAURIA.
MARQUET. ¡El francés!
BARROSO.
MARQUET. ¡El asalto!
BARROSO. Suyo es
el torreón y un largo trecho
de la muralla.
LAURIA. ¡Él ha sido!
(Reparando en el cuerpo de BERENGUEL.*)*
MARQUET. ¡El Judas!
BARROSO. ¡El renegado!
LAURIA. ¡Lo ha pagado!
MARQUET. ¡Lo ha pagado!
BARROSO. ¡Merecido!
LAURIA. ¡Merecido!
JAIME. Basta ya de rabia loca.
Si él responderos pudiera,
algo en su abono dijera.
Sólo a Dios juzgarle toca.
De esta noche en los furores
todos seremos iguales:
los leales, por leales;
los traidores, por traidores.
Y para todos su juez
habrá también de seguro;
conque a morir sobre el muro
por Aragón y Argelez.
LAURIA. Ceñid el casco, señor,
que los golpes menudean.
(Presentándole el casco, al ver que se dispone a salir sin cubrirse la cabeza.)
JAIME. *(Rechazándolo.)*
Para que todos me vean,
voy así mucho mejor.
Y de este modo he de ir,
y así todos me han de ver
sobre el muro combatir;
los de fuera hasta caer,
los de dentro hasta morir.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La escena representa uno de los salones principales del castillo de Argelez, en los Pirineos. Puerta en el fondo con un gran tapiz. A los lados, trofeos. A la derecha, en primer término, una ventana ojival con vidrios de colores; en segundo otra puerta, con tapiz también. A la izquierda, en primer término, una gran chimenea de campana interior, y en ella una hoguera. A los lados, bancos y tres sillones blasonados; en segundo término, otra puerta como la de enfrente. La estancia, grande, severa, algo sombría. A la izquierda, en una mesa, una lámpara encendida. La hoguera despide grandes llamaradas; cuando se amortigua y domina la luz exterior, la luna proyecta sobre el suelo la ventana con sus varios colores.

ESCENA PRIMERA

BEATRIZ *y* MANFREDO, *sentados junto a la chimenea y muy cerca uno de otro.*

MANFREDO. Estás triste como nunca,
y de mi mano tu mano
huyó, sintiendo tal vez
repugnancia a mi contacto.

BEATRIZ. Estoy triste como siempre,
que la tristeza ha tomado
asiento en mi corazón,
con tal imperio y tal mando,
que sólo la muerte puede
dar libertad al esclavo.

MANFREDO. Pues venga para los dos,
que tampoco lo rechazo.

BEATRIZ. ¿Tú morir? ¿Por qué, Manfredo?
¿Pues no conseguiste acaso
mi amor? ¿Y mi amor no ha sido
todo lo que has codiciado?
Pues vive y goza: o confiesa
que del deleite en el vaso
ya sólo queda amargura,
y vergüenza y desencanto.

MANFREDO. Porque es mentira tu amor.
Porque te tengo en mis brazos
y sólo estrecho una fría
inerte estatua de mármol.
Y tu ser, tu pensamiento,
tu alma, lo que yo más amo,
hielo escupiéndome al rostro,
se escapan bajo mis labios,
diciendo en voz desdeñosa:
«No somos para el bastardo.»

BEATRIZ. No es eso, no me comprendes.

MANFREDO. Que sólo a Jaime has amado;
esto es lo que yo comprendo.

BEATRIZ. Yo te amé, Manfredo, tanto,
que con ser Jaime tan noble,

y con ser tú tan villano,
huyó de «él» y fuése a ti
todo mi ser arrastrado
por la atracción del abismo
que en tu corazón labraron,
o las garras de Satán
o la hiel del desengaño.
Y ya vencido mi honor,
y ya tu empeño logrado,
me dije: «Pues esta dicha
impura me cuesta tanto,
apurémosla, que debe
ser digna del ángel malo»,
y quise gozar, vivir,
cobrarme de mi pecado...,
y no pude, porque siempre,
entre mi pecho y tus brazos,
«¡él!» se interpuso.

MANFREDO. ¿Quién?

BEATRIZ. Jaime.
Sentí el fuego de sus labios,
y su cariñosa voz,
y a veces hasta su mano
recogiendo en mis mejillas
los despojos de mi llanto.

MANFREDO. *(Pensativo.)*
Yo también. Mas fué ilusión,
los muertos jamás lograron
ni alzar la fúnebre losa,
ni desnudar los sudarios.

BEATRIZ. *(Con supersticioso terror.)*
¿Y si quedan insepultos
de un castillo abandonado
entre las sangrientas ruinas?
¿Y si tan sólo lograron
por losa un torreón hundido,
la ortiga y el jaramago
por mortaja, y en el pecho
su sangre por epitafio?
Y entonces, di: ¿no podrán
una noche, y a los rayos
de la luna, levantarse...?
¿Qué es eso?... ¿No has escuchado?
De la noche en el silencio,
el eco triste y lejano
de una trompeta de guerra
repitió los toques bárbaros.
Alguien se acerca al castillo
y avisa a los castellanos.
¡Si fuera Jaime!

(Con espanto, acercándose a MANFREDO *y buscando en él protección.)*

MANFREDO. Imposible.
(Asomándose a la ventana.)
Nada se oye. Fué un engaño

de tu loco pensamiento,
o de ave salvaje el canto,
o quizá de hambriento lobo
el aullido prolongado.

BEATRIZ. ¿No será Jaime?

MANFREDO. Beatriz,
¿aún dudas? Murió mi hermano
la noche aquella, después
de rechazar tres asaltos.
Los fugitivos lo dicen,
la fama lo ha pregonado,
y lo demuestra su ausencia...

BEATRIZ. *(Al oído.)*
Y nosotros lo deseamos.
¿Verdad?

MANFREDO. Basta ya.

BEATRIZ. Pues oye:
no sé cómo, ni sé cuándo,
pero yo sé que vendrá.
Alguna vez con espanto
le veremos al volver
hacia atrás el rostro cárdeno.
¡Manfredo! ¡Manfredo!... ¡Mira!
(Volviendo la cabeza y señalando su propia sombra.)

MANFREDO. Es de tu cuerpo adorado
la sombra que sobre el muro
esas llamas arrojaron.

BEATRIZ. ¡Y qué negra me parece!

MANFREDO. ¡Y a mí tu cuerpo, qué blanco!
¡Mal haya fuego que trueca
en negrura el alabastro!

BEATRIZ. Pues el fuego de tu amor
hizo conmigo otro tanto.
(Se vuelven a sentar junto al fuego y quedan silenciosos.)

MANFREDO. ¿En qué piensas?

BEATRIZ. No lo sé.
¡Son pensamientos tan vagos!
Y tú, ¿qué tienes?

MANFREDO. ¿Qué tengo?
Que siempre sabor amargo
hay en todas las palabras
de tus labios y mis labios.
¿Por qué no somos felices?
(Con desesperación.)
¿Por qué, di, si nos amamos?

BEATRIZ. Yo no lo sé. ¡Calla! ¡Escucha!

MANFREDO. Ahora, sí.
(Escuchan los dos con angustia.)

BEATRIZ. Fué un prolongado
gemido.

MANFREDO. Tienes razón.
Pero es Juana. Está llorando.
Pasa un día y otro día,
sin reposo y sin descanso,

junto a la puerta de bronce
que cierra el fúnebre espacio
en que fué a morir Roger.
Y si sube por si acaso,
es que escuchó desde lejos
del puente el desplome rápido.
Entonces viene.

BEATRIZ. ¿Y a qué?

MANFREDO. *(Con misterio.)*
A preguntar si ha llegado.

BEATRIZ. *(Con temor.)*
¡Si ha llegado! ¿Quién? ¡Responde!

MANFREDO. *(Con repugnancia.)*
¿Quién ha de ser?

BEATRIZ. ¿Él?

MANFREDO. Mi hermano.

BEATRIZ. Ve a buscarla. Quiero verla.

MANFREDO. Será inútil el mandato.

BEATRIZ. ¿Su presencia te da miedo?

MANFREDO. ¿Miedo yo?

BEATRIZ. Pues ve. Te aguardo.

MANFREDO. Ella no sabrá?...

BEATRIZ. ¡No sé!

MANFREDO. Prudente es averiguarlo.

(Vase por la izquierda, segundo término.)

ESCENA II

BEATRIZ, *sola.*

BEATRIZ. Cuando se aleja Manfredo
me parece que respiro;
pero si sola me quedo,
todo lo que en torno miro
no sé por qué me da miedo.
Toda voz es son doliente;
todo ser, monstruo irritado,
y todo acude a mi mente
cual fantasma del pasado
o amenaza del presente.
Mi adorado camarín
en que con Jaime veía,
allá de la tarde al fin,
ponerse al astro del día
tras cortinas de carmín.
Esa ventana ojival
a que ansiosa me asomaba
al escuchar la señal
de que mi dueño tornaba
a su castillo condal.
Y la banda carmesí
que bordé con embeleso
una y otra noche aquí,
y que al partir le ceñí
mientras él me daba un beso.
Esa armadura, terror
(Señalando a su trofeo.)
de los moros de Granada,
que limpié con tanto amor,
porque venía manchada
con sangre de su señor.
Hasta su clarín de guerra,
que imagino que otra vez
(Se oye, en efecto, el toque de un clarín.)
resuena al pie de la sierra,
anunciando que a su tierra
vuelve el conde de Argelez.
Hasta el noble y viejo hogar
en que al amor de la lumbre
él me solía contar,
bajo la ahumada techumbre,
las consejas del lugar.
Todo como estaba se halla;
todo lo espera fiel,
desde la piedra a la malla;
hasta su viejo lebrel
y su corcel de batalla.
Todos constantes le han sido,
todos la fe le han guardado,

ninguno le dió al olvido
más que su dueño querido,
más que su dueño adorado.
Y todo así en el torreón
desde el muro a la coraza,
desde el lebrel al bridón,
es una eterna amenaza
y una eterna acusación.
¡Qué más! Hasta este tapiz,
(Mirando con horror al fondo.)
el espanto comprendiendo
de esta mujer infeliz,
parece que está diciendo:
«¡Aquí está!»

ESCENA III

BEATRIZ, DON JAIME, seguido de algunos PAJES *y* ESCUDEROS. *Se levanta el tapiz, y aparece* DON JAIME *y los que le acompañan.*

BEATRIZ. ¡Jaime!
(Retrocede al ver a su esposo)
JAIME. *(Avanzando.)*
¡Beatriz!
*(*BEATRIZ *da un grito y cae desmayada en tierra.* DON JAIME *la levanta y la sostiene entre sus brazos. Los demás se aproximan.)*
No temáis... Fué la emoción;
que venga pronto mi hermano.
Vuelve el calor a su mano
y el latido al corazón.
¡Mi Beatriz!... ¡Mi amor!... ¡Cuán bella!
Manfredo y no más testigos.
(Dirigiéndose al acompañamiento.)
Idos, mis buenos amigos;
dejadme a solas con ella.
Mas preparar el torreón.
(Deteniéndolos con el gesto.)
Como os he dicho al entrar,
que me sigue y va a llegar
el monarca de Aragón.
(Vase por el fondo el acompañamiento.)

ESCENA IV

DON JAIME *y* BATRIZ, *desmayada.*

JAIME. Único amor de mi vida,
por quien perdí como infame
torre por mí defendida,
abre los ojos y dame
con ellos la bienvenida.
Yo arrojé por ti contento,
en la sangrienta jornada,
honra y existencia al viento,
y ahora quiero una mirada
de amor y agradecimiento.
Mas no tardes, vida mía,
que helada estás por acaso
como una escultura fría,
y este fuego en que me abraso
a un mármol animaría.
Si vives, vive mujer;
(Con ansiedad.)
si has muerto, no tardes, no,
en hacérmelo entender,
que tú muerta y vivo yo,
¡ya ves que no puede ser!
*(*BEATRIZ *comienza a volver en sí.)*
¡Alma, si del cuerpo inerte
rompiste ya la clausura,
dímelo, que yo iré a verte
y a contemplar tu hermosura
en el seno de la muerte!
Ya el calor vuelve a su mano,
ya de vida una centella...

ESCENA V

BEATRIZ, DON JAIME *y* MANFREDO. BEATRIZ, *desmayada en los brazos de* DON JAIME, *pero volviendo poco a poco en sí.* MANFREDO, *por la izquierda, segundo término.*

MANFREDO. Rogué a Juana, pero en vano...

(Aparte. Reparando en el grupo que forman DON JAIME *y* BEATRIZ.*)*
¡En ajenos brazos ella!...
¡Miserable!
(Dice esto precipitándose sobre DON JAIME*; éste se vuelve y se reconocen.)*
¡Jaime! *(Retrocediendo.)*

JAIME. *(Con explosión de alegría.)*
¡Hermano!
A mi pecho, o ¡vive Dios!
que creeré que te doy miedo.

MANFREDO. ¡Jaime!... ¡Jaime!
(Acercándose poco a poco.)

JAIME. ¡Ven, Manfredo!
¡En un abrazo los dos!
(Sin soltar a BEATRIZ*, coge con el brazo a su hermano.)*

MANFREDO. Basta...

JAIME. Mira, vuelve en sí.

BEATRIZ. ¿Dónde estoy?
(Mirando, como si no comprendiese, a DON JAIME *y a* MANFREDO.*)*
¡Virgen sagrada!
¡Jaime y tú!
(Reconociéndolos al fin.)

JAIME. ¡Beatriz amada!

BEATRIZ. ¡Suéltame!...

MANFREDO. ¡También a mí!

(Los dos se arrancan de los brazos de DON JAIME; los dos retroceden unos pasos y quedan a alguna distancia de él, contemplándole con terror. Pausa.)

JAIME. Singular recibimiento,
y recibimiento triste.
No comprendo en qué consiste,
pero extraña angustia siento.
Vuestro aspecto al contemplar
dudo si soy, y esto es llano,
el esposo y el hermano
que torna al fin a su hogar,
o más bien sombra importuna,
sin contornos y sin vida,
de unas ruinas desprendida
a los rayos de la luna;
sombra de muerte y tristeza,
que viene a llamar medrosa
a la puerta desdeñosa
de su antigua fortaleza.

MANFREDO. *(Reponiéndose algo y acercándose con fingido afán.)*
¿Qué dices? No, por favor...
(A BEATRIZ.*)*
Confunde nuestra alegría...

JAIME. Pues cualquiera pensaría,

al veros, que era pavor.

MANFREDO. *(Esforzándose de nuevo por fingir.)*
¡Qué idea!... Si es que... se dijo...
por gentes que aquí llegaron
que los franceses que entraron
a nadie, a nadie..., de fijo,
dejar quisieron con vida.

JAIME. No quisieron, eso es cierto.

BEATRIZ. Y entonces te juzgué muerto.

(Dice esto con supremo esfuerzo, por decir algo, y rompe a llorar. DON JAIME se acerca a ella con interés. Ella le tiende los brazos con afán convulsivo.)

¿Ves mi faz descolorida?

JAIME. Sí, cual lirio que se trunca.
Esta faz...

BEATRIZ. Ya no es aquélla.

JAIME. Pero aun así estás muy bella;
¡quizá más bella que nunca!

BEATRIZ. Y mis ojos, Jaime, di,
¿brillan como antes mis ojos?

JAIME. Sí brillan, pero están rojos.

BEATRIZ. De tanto llorar por ti.

JAIME. ¿No me engañas? ¿No? Mi bien,
ese llanto triste y puro;
¿fué por mí?

BEATRIZ. Por ti, lo juro.

MANFREDO. *(Con verdad y celosa amargura.)*
Por ti, lo juro también.

JAIME. ¡Os creo!

(Con arranque de noble confianza. Pausa. Queda de nuevo pensativo.)

¿Pero el horror
que sentisteis y el espanto?...

BEATRIZ. ¡Es que se parecen tanto,
Jaime, el placer y el dolor!

JAIME. ¡Eso para ser feliz
es necesario que sea!
¡Eso es preciso que crea!
(Como queriendo imponerse a sí mismo.)

BEATRIZ. *(Con ansiedad.)*
¿Pero lo crees?

JAIME. *(Con nuevo arranque de amor y de confianza.)*
¡Sí, Beatriz!
Con tanta sangrienta herida
y con tanto delirar,
casi he llegado a olvidar
cómo se vive en la vida;
que del dolor el tormento
en mí se echó la suerte
que las sombras de la muerte
aún traigo en el pensamiento.
¡Otra vez a mí los dos!
(Abriendo los brazos con expansión y alegría.)

BEATRIZ. *(Se acerca a su esposo.* MANFREDO *también.)*
¡Sí, Jaime!

(Se abrazan otra vez; MANFREDO *se separa al instante, con dulzura, y trata de variar la*

conversación.)

MANFREDO. No nos dijiste
cómo salvarte pudiste.

JAIME. ¿Cómo? Por obra de Dios.

(Coge a BEATRIZ *por una mano y la hace sentar. Él se sienta a su lado.* MANFREDO*, en pie. Pausa.)*

Rechazar pude el asalto
con mis bravos montañeses,
y con cuerpos de franceses
vióse el foso rebosar.
Por el fuego derretido
vomitaba cada almena,
como monstruo a boca llena,
plomo hirviente sin cesar.
Siempre las hondas silbando,
y las ballestas crujiendo,
y los de afuera cayendo
al pie siempre del torreón.
Y a la luna, y en mi mano,
por mi sangre ya manchada
y por todos aclamada,
la bandera de Aragón.
Pero estaba el enemigo
en la misma fortaleza,
y aunque Dios me es buen testigo
que luché para morir,
o por débiles sus brazos,
o mi cuerpo por robusto,
o el Destino por adusto,
no lo pude conseguir.
Sólo, sí, perdí el sentido;
algo horrible vino luego:
tempestad de sangre y fuego
por encima me pasó.
Transcurrieron muchas horas,
el castillo fué incendiado,
y fué luego abandonado
cual cadáver: «como yo».
«Él» y yo en abrazo estrecho.
Yo enterrado hasta los hombros,
como si él con sus escombros
consiguiérame abrazar.
Y a mi vez con ansia loca,
aferrado, en mi agonía,
a las piedras que podía
con mis brazos alcanzar.
A otra noche, entre las ruinas,
moribundo y desangrado,
o ya en ellas sepultado,
o guardándolas tal vez,
por piedad que el cielo premie,
con mi helado cuerpo dieron
unos monjes que vinieron
del convento de Argelez.

Mal cerradas mis heridas,
pero el alma otra vez brava,
del rey supe que se hallaba
detenido en Cervellón.
Llegué; vile, dije al punto:
«Aún me queda alguna sangre;
si aprovecha, cual barrunto,
tómala, rey de Aragón.»
Y ésta es toda mi aventura.
Pero el rey...

(Se oye ruido del puente levadizo.)

MANFREDO. ¿El rey te sigue?

JAIME. Ha querido que le abrigue
una noche por leal
el castillo de mis padres.
Y presumo que ha llegado,
porque el puente han desplomado
de la torre señorial.

(Se levanta, va a la ventana y mira por ella)

Ya se escuchan los clarines;
y las armas ya rechinan;
hacia el puente se encaminan:
ven, Beatriz, vamos los dos.
Que don Pedro te contemple,
y que piense bien y note
que más más vale que su lote
el que quiso darme Dios.

(Vanse por el foro BEATRIZ *y* DON JAIME.*)*

ESCENA VI

MANFREDO, *solo.*

MANFREDO. A todos dió ese reparto
o buena parte o buen lote;
sólo al bastardo por befa
su bastardía tocóle.
Al rey su reino, y a más
el de Sicilia, que a botes
supo ganar de su lanza,
en eso estamos conformes;
pero que aun siendo muy buenos,
no han podido ser mejores
que los que yo hubiera dado
al frente de mis varones
a tener una corona
y un ejército de nobles.
A mi hermano sus castillos,
y su condado, y su nombre,
y por completar su dicha,
de mujer tal los amores,
que por lograrlos he dado
de los inmortales goces
del cielo toda mi parte,
si es que alguna en tales dones
a un bastardo como yo
se le guarda y reconoce.
A mí, en cambio.... nada, nada;
ni coronas, ni blasones,
ni gloria, ni amor siquiera,
que de traidor y de torpe
no lleve sello maldito
y no manche cuanto toque.
Y por si esto no bastase,
siempre, de día y de noche,
una voz que nunca suena
y que eternamente se oye,
en las largas galerías,
en los huecos de las torres,
en los pliegues de las nubes
y en las frondas de los bosques.
Voz que dice sin cesar:
«Caín, Caín fué más noble.
Por algo Dios y tu padre
no quisieron darte nombre.»

ESCENA VII

MANFREDO *y* JUANA, *por la izquierda, segundo término. Viene vestida de luto, y al entrar mira con empeño a* MANFREDO.

MANFREDO. Juana, ¿qué buscas aquí?
JUANA. Lo único que ya me resta:
la venganza.
MANFREDO. ¿Quién la apresta?
JUANA. Yo.
MANFREDO. ¿Contra quién?
JUANA. Contra ti.
MANFREDO. Eres injusta.
JUANA. ¡Villano!
¿No fuiste tú su asesino?
MANFREDO. Yo, no. Lo fué su destino.
JUANA. Pero lo fué por tu mano.
(Pausa.)
El amor de mi Roger
era cuanto yo tenía:
ni más venturas pedía,
ni más codiciaba ser,
de este tránsito mortal
en el áspero sendero,
que del humilde escudero
la compañera leal.
Dió por ciega la fortuna
a ti y a los tuyos todo;
y a nosotros, ¡pobre lodo!,
mala fosa y mala cuna.
Para la cuna, el dolor;
para la fosa, una cruz;
y sólo un rayo de luz
de la una a la otra: «el amor».
Pues ese rayo, remedo
de más altos resplandores,
lo apagaron tus furores.
¡Y no sé por qué, Manfredo!
¿Tomé parte alguna vez
en tus glorias o reveses?
¿Te he impedido yo que fueses
conde o duque de Argelez?
¿Fuí yo de tu bastardía
la causa ni la ocasión?
¿Pues qué ganó tu blasón
con «su muerte» y mi agonía?
MANFREDO. Deliras y te perdono.
JUANA. ¿Tu perdón? Ya viene tarde;
y con mostrarte cobarde,
aún haces mayor mi encono.
MANFREDO. Vete.
JUANA. Cuando hable con él.

MANFREDO. ¡Con él! ¿Con quién?
JUANA. Con tu hermano.
(Al notar un movimiento de MANFREDO.*)*
Sé que vino. Aunque lejano,
oí ladrar a su lebrel.
Tendido y triste esperaba
junto al puente levadizo.
Yo en un negro pasadizo
junto a una puerta lloraba.
Pero él tuvo mejor suerte
que mi suerte maldecida:
su dueño tornó con vida,
mi dueño quedó en la muerte.
En fin, ello es que los dos
al mismo tiempo esperamos
y al mismo tiempo lloramos;
y de este modo, ante Dios,
en lenguaje bien sencillo,
de un puente los duros gonces,
y de una puerta los bronces,
probarán que este castillo
dentro de su barbacana,
no vió bajo sus dinteles
más que dos seres fieles:
«un lebrel y una villana».
MANFREDO. *(Acercándose amenazador.)*
¿Por qué dices eso?
JUANA. Tú
no puedes interrogarme.
MANFREDO. ¿Y tú puedes afrentarme?
JUANA. Sí puedo.
MANFREDO. *(Cogiéndola de un brazo.)*
¡Por Belcebú,
que hablarás!
JUANA. Al de Argelez.
MANFREDO. Llevo su sangre.
JUANA. No entera.
Alguna: y de tal manera,
que ésa te sube a la tez.
MANFREDO. ¡Juana!
(Amenazando.)
Vete.
(Conteniéndose.)
JUANA. Cuando le hable.
MANFREDO. Pronto.
JUANA. Que no.
MANFREDO. ¡Y me provoca!
Eres implacable o loca.
JUANA. Lo que tú fuiste: implacable.
MANFREDO. No puedes verle.
JUANA. Es de ley
que le vea.
MANFREDO. El soberano
viene con él.

JUANA. *(Con alegría.)*
¡Con tu hermano!
MANFREDO. El rey.
(Asomándose al fondo.)
JUANA. Pues mejor, al rey.

ESCENA VIII

DON JAIME, BEATRIZ, DON PEDRO III DE ARAGÓN, MANFREDO, JUANA, *varones, capitanes, escuderos, pajes, etc.; todos llegan por el fondo. Delante, dos pajes, que corren el tapiz, y otros dos con luces, que las dejan o sobre la mesa o en las basas de los trofeos.* DON JAIME, BEATRIZ *y el* REY, *a medida que el diálogo lo indica, avanzan hasta colocarse en primer término, pero a la izquierda;* MANFREDO *y* JUANA *quedan en primer término, pero a la derecha; los varones, casi en primer término; en segundo, el resto del acompañamiento; guardia de almogávares a la puerta.*

JAIME. Entrad, señor, y tenga mi castillo,
baluarte heroico de pasados tiempos
la honra de ver sobre sus anchos muros
al vencedor, y al rey, y al caballero.

REY. Varón aragonés, mi noble conde,
bien defendiste el apretado cerco.
Mucho Aragón te debe.

JAIME. *(Con repugnancia y enojo.)*
¡Nada, nada!

REY. Tu mano: yo también mucho te debo.
(Le da la mano.)
Para ti no quisiste recompensa.

JAIME. No la quise, señor; no la merezco.

REY. Mal juez en propia causa es uno mismo.

JAIME. ¿Dónde hallarlo, señor, más justiciero?
(Con amargura.)
El perder un castillo, más merece
que noble galardón, duro escarmiento.

REY. Al que infame vendió la fortaleza,
tu brazo se lo impuso y yo lo apruebo.
Al que cual tú se hundió bajo sus ruinas...

JAIME. Nególe Dios, por justo o por severo,
el solo galardón a que aspiraba:
de ellas hacer sepulcro de su cuerpo.

REY. Venza tu voluntad, pues tú lo quieres;
pero en esta ocasión yo te recuerdo
que muchas veces me pediste, conde,
lo que yo te negué y hoy te concedo.
(Movimiento de DON JAIME.*)*
Ennoblecer a un hombre que tu sangre
lleva en sus venas y quizá tu aliento.
(Movimiento de MANFREDO.*)*

JAIME. ¡Señor, señor!
(Con extraordinaria alegría.)

REY. ¿En dónde está tu hermano?
Quiero hacerle tu igual.

*(*MANFREDO *retrocede instintivamente a segundo término, y se hunde, por decirlo así, en sí mismo. El actor interpretará con su talento las sensaciones que debe experimentar al ver que por méritos del hermano, a quien deshonra, y por ruegos suyos puede realizar todos sus sueños de ambición.)*

MANFREDO. *(Aparte.)*
¡Gran Dios!

JAIME. *(Se dirige gozoso a* MANFREDO, *le trae de la mano y se lo presenta al* REY. MANFREDO *dobla la rodilla y aún más la cabeza. Al ir a traerle.)*
¡Manfredo!

REY. Conde del Ampurdán, que un mismo padre
su sangre os repartió prueben tus hechos.
(Le hace levantar.)
¿También rechazas la merced que le hago?
(A DON JAIME.*)*

JAIME. Esta no la rechazo, no; la acepto.
Y aunque él la pagará, que mucho puede,
somos dos los deudores, rey don Pedro.

MANFREDO. Para que haya deudor es necesario
que haya otra cosa más: deuda primero.

REY. La deuda existe, pues la acepta el conde.
(Con extrañeza y acento de severidad.)

MANFREDO. *(Con energía.)*
Si él la acepta, señor, yo no la acepto.

JAIME. ¿Qué dices?

MANFREDO. La verdad, y esto no amengua
ni mi lealtad, señor, ni mi respeto.
Mas por mérito ajeno concedida,
la merced es afrenta antes que premio.
(Con fiereza.)

REY. *(Con enojo y desdén.)*
Las mercedes que otorga tu monarca
jamás afrenta son, ni aun recayendo
en un ser... como tú.

MANFREDO. Porque no corran
peligro semejante no las quiero.

REY. ¿Y si lo mando yo?

MANFREDO. De llevar nombre
o no llevarlo, ¡oh rey!, yo soy el dueño;
ni mi hermano ni vos. Soy lo que he sido.
Pues bastardo nací, bastardo quedo.

REY. *(Avanzando amenazador.)*
¿Tú desprecias?...

JAIME. *(Interponiéndose.)*
¡Señor!

BEATRIZ. *(Lo mismo.)*
¡Señor!

REY. *(Conteniéndose.)*
Ya basta.
En Aragón, del noble y del plebeyo
la libertad es ley, según afirma
de la «unión general el privilegio».
¿Quieres bastardo ser? Como te plazca;
mas retírate atrás, y al par quedemos
los que somos iguales: reyes unos,
varones otros y ambos caballeros.
(Aparte, pensativo y sombrío.)
Como un bastardo: todos mala yerba.
Así fué Fernán-Sánchez, bien me acuerdo.

JAIME. Su fiereza excusad: es noble arranque...

REY. Basta, Argelez...
JAIME. Señor...
REY. Aquí acabemos.
JAIME. Enojado quedáis.
REY. No, ciertamente:
y la noche pasar, en prueba de ello,
quiero contigo y con tu noble esposa
en íntima velada y junto al fuego.
No ved al rey en mí. El huésped sólo
es el que os pide lumbre, albergue y lecho.

(Se sienta el REY *en uno de los sillones blasonados, al lado del hogar; a su derecha,* BEATRIZ*; a su izquierda,* DON JAIME. MANFREDO*, siempre en pie, en segundo término.* JUANA*, muy cerca de él. Con tono bondadoso y familiar.)*

A este castillo feudal,
¿no trajo jamás el viento
el enamorado acento
de la musa provenzal?
¿Ningún trovador llegó
bien amado o mal ferido?

JAIME. *(Con interés.)*
Uno solo, y ése ha sido
mi hermano.

REY. *(Con disgusto.)*
Tu hermano, no.
(A BEATRIZ.*)*
Aunque soy hombre de guerra,
me agrada la poesía.
¿La condesa no tendría,
de esta torre o de esta tierra,
guardada allá en su memoria,
que yo sé que es peregrina,
alguna fabla divina
o alguna sabrosa historia?

BEATRIZ. *(Con tono glacial, a pesar suyo. Es mujer y no olvida que acaba el* REY *de afrentar a* MANFREDO.*)*
No puedo al rey, mi señor,
ofrecer lo que desea.
Nada recuerdo que sea
digno de tan alto honor.

REY. *(Cortés y respetuoso, pero contrariado y sin poder dominarse por completo.)*
Perdonad: ¡cómo ha de ser!
Seguiré la vuelta dando
a la estancia, mendigando
un poco de gay saber:
a ti no te he de pedir
(Fijando la vista en DON JAIME *y hablándole afectuosamente.)*
lo que no me puedes dar.
Tú sólo sabes luchar.

JAIME. Y mal, pues no sé morir.

REY. *(Volviéndose a los de segunda fila.)*
¿Y entre esta gente tampoco
habrá ninguno que quiera,
de trovador a manera,

o de bufón o de loco,
inflamar su fantasía,
aguzar su entendimiento,
y de este modo contento
procurarnos y alegría?
Que estén solas no es razón
en tal empresa esas ramas,
(Señalando a la hoguera.)
que todas se vuelvan llamas
para dar luz al salón.

(El REY *pasa la vista por varios grupos que le rodean. Silencio. Pausa. A cada momento se muestra más y más contrariado, y juega maquinalmente con el puño de su espada.)*

Nada: silencio otra vez.
Por ninguna parte medro.
Mal tratan al rey don Pedro
en la torre de Argelez.
Menos me costó en rigor
la conquista de Sicilia
que encontrar en tu familia,
bueno o malo, un trovador.

JUANA. *(Adelantándose.)*
Si una leyenda deseáis,
rey de Aragón, y tras ella
de un crimen la roja huella,
disteis con lo que buscáis.

JAIME. *(Con sorpresa.)*
¡Juana!

BEATRIZ. *(Con terror.)*
¡Juana!

REY. Esa mujer
que se presenta enlutada,
trayendo nuestra velada
dolor en vez de placer,
¿quién es?

JUANA. Quien viene a pedir
venganza, rey justiciero.

BEATRIZ. *(Con cierto apresuramiento.)*
La esposa de un escudero.

JUANA. Su viuda, queréis decir.

JAIME. ¿Murió Roger?
(Con verdadero sentimiento y con sorpresa.)

JUANA. Sí, murió.

REY. *(A* DON JAIME.*)*
Roger se llamaba un bravo
que tú me enviaste y que al cabo
de San Feliú mandé yo.
Cierto mensaje le di
que contestación pedía.
¿La traía?

JUANA. La traía.
cuando murió.

REY. ¿Dónde?

JUANA. Aquí.

REY. Expón tu agravio.

JUANA. Al final
del cuento o de la conseja.
REY. ¿Una conseja?
JUANA. Tan vieja
como esta torre feudal.
REY. ¿Y tú la sabes?
JUANA. Tal vez.
Mas contarla corresponde
en justicia...
REY. ¿A quién?
JUANA. Al conde.
REY. *(Volviéndose a* DON JAIME.*)*
Pues comience el de Argelez.
JAIME. *(A* JUANA.*)*
¿Una leyenda?
JUANA. Sí.
JAIME. ¿Cuál?
JUANA. La de la puerta de bronce
que, al girar sobre su gonce,
se cierra de modo tal,
que ninguno, a no ser vos,
o aquel que el condado herede
y el secreto, abrirla puede.
REY. ¿Y ahora?
JAIME. Sí.
REY. Gracias a Dios.

(Pausa. Movimiento general para prepararse a oír la leyenda.)

JAIME. En otros siglos de ambiciones locas
fundaron esta torre mis abuelos:
diéronle base las gigantes rocas
y a sus almenas pabellón los cielos.
El moro fronterizo, el tiempo duro,
despoblado el breñal, el torreón fuerte,
sólo su ancho recinto era seguro
albergue en vida y sepultura en muerte.
Y así, en la base de la torre erguida,
bajo el cimiento y en la roca brava,
cual negra cripta y fúnebre guarida
labróse extensa y anchurosa cava.
Allí fueron, señor, de mis mayores,
a dormir en sepulcros, esparcidos
por fosas, nichos y anchos corredores,
los despojos del alma desprendidos.
Y en ese del descanso eterno centro,
que grandezas humanas avasalla,
descansaré también, si antes no encuentro
sepultura en el campo de batalla.
REY. ¿Y la leyenda?
JAIME. Señor,
antigua crónica cuenta
que halló muerte en lid sangrienta
contra el árabe Almanzor
cierto conde de Argelez,
que su cadáver trajeron

al castillo, y que le hicieron
exequias de su alta prez,
y de su nombre y caudal
dignas por toda manera,
que, según pensaban, era
caballero sin rival.
Tendido en su sepultura,
entre las manos su espada,
la lápida levantada,
por mortaja la armadura,
le dejan: salen, en pos,
la puerta de encina y hierro
gira, y en aquel encierro
se quedan el muerto y Dios.
Pero no: también quedaron,
cual severos juzgadores,
las sombras de sus mayores,
las de aquellos que bajaron
antes que él a la región
de la eterna oscuridad,
donde se ve la verdad
sin la llama de un hachón,
donde el engaño no medra
ni el criminal nos fascina,
donde el cuerpo se reclina
y duerme en lecho de piedra.
Y la leyenda, al llegar
a este punto, diz que luego
que todo quedó en sosiego,
comenzaron a brotar
fantasmas en larga hilera
que el sepulcro circundaron
y que del muro miraron
por tan extraña manera
y con mirada tan dura,
si mira huecos sin ojos,
los terrenales despojos,
al través de la armadura,
que ante el negro tribunal
aquella carne sin vida
agitóse estremecida
en su cárcel de metal.
¿Recordó algún olvidado
secreto, antiguo y profundo,
algo que ignoraba el mundo,
crimen, deshonra o pecado?
Ello es que poco después
rompió la puerta de encina
y huyó a la torre vecina
un cadáver con arnés.
Y ya desde aquella noche
no hubo paz en el castillo;
porque al extinguirse el brillo
del sol y su rojo broche

traspasar el monte oscuro,
mostrábase el alma en pena,
ya apoyada en una almena,
ya vagando por el muro:
sombra con fieros rigores
por otras sombras tratada,
y por ellas arrojada
del panteón de sus mayores;
mísero despojo inerte
de un ser noble y poderoso,
a quien nunca dió la suerte
ni una noche de reposo
en el seno de la muerte.

JUANA. *(Aparte.)*
Todos bajan la frente: ¿por qué todos
tiemblan y palidecen y se callan?
(En voz alta, al REY.*)*
¿No queréis conocer de la leyenda
la conclusión?

REY. Sí, a fe.

JUANA. Pues bien...

REY. Acaba.

JUANA. La puerta del panteón, que era de encina,
por otra se cambió fuerte y pesada,
toda de bronce la segunda, y dicen
que desde Roma una reliquia santa
trajeron, y por ella, y entre rezos,
la metálica puerta fué tocada.
Con esto y con abrirse por oculta
combinación de misteriosa máquina,
que sólo el conde sabe, se ha librado
este viejo castillo de fantasmas.
Hasta aquí la leyenda, y ahora el crimen.

REY. Y también la justicia.

JUANA. A reclamarla,
rey de Aragón, a tu poder acudo.

REY. A nadie la negué.

JUANA. Lo sé.

REY. Pues habla.

JUANA. Pues en ese panteón, que hace algún tiempo
del castillo a las gentes franco se halla,
porque en él una imagen milagrosa
se venera en capilla subterránea,
un hombre a mi Roger penetrar hizo,
no sé por qué razón ni por qué causa,
si por engaño fué, que sí sería...

MANFREDO. *(Adelantándose.)*
Mintió quien dijo tal, que fué a estocadas.
(Movimiento de sorpresa en todos.)

REY. *(A* JUANA.*)*
Más tarde lo sabremos: tú, prosigue.

JUANA. El hombre de quien hablo a mi monarca,
dentro la presa ya, la hoja de bronce
con estruendo y furor cierra y encaja...

REY. ¿Y tiempo no será?
(Levantándose. Todos se levantan.)
JUANA. Ya sólo es tiempo
para el castigo, ¡oh rey!, o la venganza.
REY. El asesino di. Pronto, su nombre.
JUANA. El bastardo.
MANFREDO. Yo fuí.
REY. Lo adivinaba.
JAIME. *(Acercándose a él como para protegerle.)*
¡Manfredo!
JUANA. ¿Vaciláis porque es su hermano?
La justicia es mentira.
REY. No, insensata.
De mi ley la cuchilla segar supo
«cabeza» tan indómita y tan alta
que el nivel alcanzó no pocas veces
de don Jaime, su padre y su monarca.
Nivel halló después por mi mandato
del turbio Cinca en las revueltas aguas.
Si con mi propio hermano hice justicia,
con «ése», ¿qué no haré?
BEATRIZ. *(Aparte.)*
¡Dios santo!
JUANA. ¡Gracias!
JAIME. *(Avanzando respetuoso, pero decidido, hasta el* REY.*)*
Es mi sangre, señor.
REY. No por entero:
tan sólo la mitad.
JAIME. Pues ésa basta
para que yo le quiera y le defienda
con todo el corazón y toda el alma.
REY. ¡Justicia en él haré si la merece!
JAIME. Que la merezca o no, de mí se ampara.
MANFREDO. No, Jaime; mi delito reconozco.
La sentencia, señor.
REY Será mañana.
JAIME. ¡No será!..., perdonad..., mientras yo viva.
Es mi vasallo.
REY. *(Imponiendo silencio.)*
Y yo soy tu monarca.
(A un CAPITÁN *que sale a cumplimentar la orden.)*
Buen Oliver, coloca centinelas
del panteón en la puerta. Con el alba
despiértenme, que asuntos hay que importan.
Y tú, mi noble conde, de mi cámara
el camino me muestra, que fué ruda
y sin descanso alguno la jornada.
JAIME. *(Se dirige, precediendo al* REY, *hacia la puerta de la derecha.)*
Venid, señor, que vuestro es el castillo.
(Dos Pajes toman luces y se disponen a marchar delante del REY, *así como dos de sus Capitanes a acompañarle. El* REY *se dirige hacia la puerta expresada, pero lentamente, después de saludar a los demás varones.* BEATRIZ *se acerca a su esposo;* JUANA *se coloca al lado de la puerta;* MANFREDO, *en el centro.)*
MANFREDO. *(Inclinándose ante el* REY *al pasar éste.)*

¡Justicia quiero!

BEATRIZ. *(Adelantándose unos pasos.)*
¡Compasión!

JUANA. ¡Venganza!

REY. *(En el umbral de la puerta.)*
Con la luz de la aurora querrá el Cielo
dar luz también al que de allí la aguarda.

(Salen en el orden siguiente, por la puerta de la derecha: los dos Pajes, con las luces; el REY*; dos Capitanes. Quedan al lado de la puerta* DON JAIME *y* BEATRIZ*; algo separada,* JUANA*; en el centro,* MANFREDO*. Salen por el fondo las demás personas.)*

ESCENA IX

BEATRIZ, JUANA, DON JAIME *y* MANFREDO. BEATRIZ *y* DON JAIME *vienen al centro a buscar a* MANFREDO. JUANA*, en pie, al lado de la puerta por donde salió el* REY.

BEATRIZ. *(A* MANFREDO.*)*

¡Huye!

MANFREDO. ¡Jamás!

JAIME. No temas. Con mi vida
de la tuya respondo. Con mi espada
atajaré, si necesario fuere,
al mismo rey si ciego se empeñara,
a contrafuero y contra ley, en darse
por juez de mis vasallos en mi casa.
Mi hermano eres: tu escudo es mi cariño.

MANFREDO. Abandóname, Jaime.

JAIME. No. Te aguarda
monarca de Aragón, quien no te cede
ni por el corazón ni por el alma.

(Volviéndose hacia la puerta por donde salió DON PEDRO.*)*

JUANA. *(En voz alta, como desafiando a* DON JAIME.*)*
Duerme, rey de Aragón: junto a tu puerta
en vela está la vïuda y la villana.

JAIME. *(Como en contestación.)*
El conde de Argelez vela tu sueño:
duerme, rey de Aragón; duerme hasta el alba.

(Queda JUANA *en pie al lado de la puerta;* DON JAIME*, en el centro, mirando hacia aquella parte;* BEATRIZ *y* MANFREDO*, a su izquierda.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

La escena representa el panteón suberráneo del castillo de Argelez. En esta decoración cabe cuanto la imaginación quiera, y, sin embargo, para las necesidades del drama, todo ello puede reducirse a muy poco. Lo puramente preciso es lo siguiente: puerta en el fondo; estando abierta, se ve bajar de frente, o algo inclinada, una ancha escalera entre dos muros macizos, la cual termina por abajo en un corredor transversal; es decir, que entre la puerta y el principio de la expresada escalera hay un espacio de nivel que representa el ancho pasadizo. Después de la puerta, por la parte inferior de la cripta, puede haber dos escalones, aunque no son precisos. El panteón, muy sombrío; a uno y otro lado se ven los acometimientos de varias galerías transversales. En rigor, basta con uno de cada lado. En primer término, casi de frente, a la izquierda del actor, un sepulcro que se supondrá es del padre de Don Jaime. Este sepulcro no debe ser muy alto: sobre él, una escultura yacente, a ser posible con armadura de bronce y cara de mármol. Al pie del sepulcro, un escalón alto, que puede servir de banco. A un lado, la boca muy baja de un pozo. La decoración, sobre todo, muy severa: detalle que no pueda presentarse dignamente, debe suprimirse.

ESCENA PRIMERA

CABRERA *y* ZURITA, *que son dos soldados de la guardia del Rey, armados de picas. Un hachón encendido, clavado en un hueco lateral del sepulcro; ésta ha de ser la única luz.*

ZURITA. De estas cosas, ¿tú qué piensas?
CABRERA. Yo pienso poco, Zurita.
En estas cosas y en todas
obedezco sin malicia
ni repugnancia a quien manda,
si manda en ley. Mi consigna
cumplo como buen soldado;
y que entre por Algeciras
el moro, o que entre el francés
por el Coll de las Panizas,
a mí poco se me importa.
Yo no dejo que alma viva
entre, ni dejo que salga
de esos huecos ni una hormiga
sin aplastarla en las losas
con el cuento de mi pica.
Y lo demás que lo arregle
el rey, como es de justicia.
Pero, aunque nada me importa
de eso que tú dices, mira
que lo que es hoy no cambiara
mi pobreza y villanía
por toda la sangre noble
del bastardo.
ZURITA. ¡Mala víbora
le muerda, que no ha de darle
más veneno del que cría

el de Provenza en sus venas
y por sus ojos destila!

CABRERA. Dicen que el pobre escudero
era mozo de valía.

ZURITA. Dicen que por celos fué.

CABRERA. ¿Una mujer en la intriga?
Si era preciso.

ZURITA. Manfredo
hace tiempo perseguía
a Juana; pero ella, honrada,
¡porque es muy honrada!, altiva
le rechazó.

CABRERA. Si esa gente
que en la Provenza se anida
fué siempre mala y aviesa
y tocada de herejía.
Si esos trovadores traen
con sus cántigas malditas,
la corrupción a esta tierra
y el vicio a nuestras familias.
Si eso lo tengo yo dicho.
Pero escucha, yo creía,
porque anoche lo dijeron,
que la causa era distinta,
que en ella nada hay de amor,
sino infame alevosía.

ZURITA. ¿Pues tú qué sabes, Cabrera?

CABRERA. Lo que la gente allá arriba
murmuraba: que el bastardo
es un traidor.

ZURITA. Lo sería
de fijo.

CABRERA. Que al rey de Francia
vendido está de por vida.
Que él fué quien abrió el torreón
aquella noche maldita.
Y que como el escudero
un mensaje de Castilla
para el rey don Pedro trajo
de importancia decisiva,
quiso impedirle..., ¿comprendes?,
que lo llevase. ¿Se explica
la cosa de esta manera?

ZURITA. Ya lo creo: a maravilla.
Traidor, preciso. Pero esto
a lo que dije no quita.

CABRERA. Habrán sido las dos cosas.

ZURITA. Y si otras cien adivina
de escuderos y de pajes,
y de dueñas la malicia,
siendo en contra del bastardo,
ciertas son.

CABRERA. Esa es la mía.

ZURITA. Pero yo digo algo más.

A ser yo el rey, ¿qué imaginas
que hiciese?

CABRERA. Pues no lo sé.

ZURITA. En el tormento pondría
dos personas: y a las cuñas,
y a las cuerdas, y de prisa.

CABRERA. ¡Dos personas!

ZURITA. El bastardo.

CABRERA. Ese, bien.

ZURITA. Y ¿no adivinas
la otra quién es?

CABRERA. No, por Dios.

ZURITA. La condesa.

CABRERA. ¡Ave María!

ZURITA. Más culpable es que Manfredo;
porque, dime, alma sencilla:
¿no le bastaba mandar
que, con una buena viga
por ariete y diez jayanes
en el golpe, hiciesen trizas
la puerta para salvar
de ese pobre hombre la vida?
Pues ¿por qué no lo hizo?

CABRERA. Dicen
que la puerta está bendita.

ZURITA. Más bendito es un cristiano
que el bronce de alguna mina
que del diablo fué antesala
y camino a sus guaridas.
Te digo que la condesa
del castigo no se libra
de don Pedro, que es gran rey,
y duro cual su loriga.

CABRERA. En eso no piensas mal.
¡Y esta mañana tenía
una cara!... Levantóse
con las luces matutinas;
bajó con el de Argelez;
mandóle abrir esta cripta;
puso dobles centinelas;
subieron, oyeron misa
él, la condesa y el conde
y el bastardo, en la capilla
principal... En fin, los cuatro
preparáronse en la guisa
de gente que va a juzgar
y busca la luz divina,
o de gente que al morir
de sus pecados se limpia.

ZURITA. Ello es que algo se prepara.
¿En cuál de esas galerías
estará?

(Separándose de su puesto y mirando a uno de los lados con curiosidad.)

CABRERA. ¡Guay del curioso!

A tu puesto: es la consigna.

ZURITA. Yo en su caso, por dar fin
de una vez a mi agonía,
de cabeza voy derecho
al pozo, y luego a la sima.

CABRERA. ¡Gran pecado!

ZURITA. Pero el último.

CABRERA. A tu puesto, que ya brillan
de la escalera en el fondo
luces que en la sombra oscilan.

ZURITA. El rey..., que venga y que juzgue.

VOZ. *(Dentro.)*
¡El rey!

CABRERA. El Rey se aproxima.

ESCENA II

DON JAIME, JUANA *y el* REY*; delante, dos pajes con hachones.* CABRERA *y* ZURITA, *siempre de centinela.*

REY. Sin alardes vengativos,
por hechos claros y ciertos,
en esta mansión de muertos
voy a juzgar a los vivos.
Ese banco por sitial,
esa tumba por testero,
y nunca rey justiciero
halló mejor tribunal.
¿Dónde presumes, mujer,
(Volviéndose a JUANA*.)*
que el cadáver de tu esposo
cayó buscando reposo?

JUANA. ¿Decís..., que dónde Roger...?
¿Dónde?... ¡Me vence el dolor!
(Vacilando.)

JAIME. ¡Apóyate, Juana, en mí!
(Queriendo sostenerla.)

JUANA. ¡No; dejadme!
(Rechazándole.)

REY. *(Sosteniéndola.)*
¡Ven aquí!

JUANA. *(Con respeto y asombro.)*
¡Vos me sostenéis, señor!

REY. Quedaron mis pompas reales
en mi cámara desierta;
del lado acá de esa puerta
ya todos somos iguales.
Como en región montaraz
la tierra desmoronada
busca en la roca quebrada
algo a que asirse tenaz,
sobre mí tu cuerpo inerte
sólo es, si lo miras bien,
«tierra» que busca sostén
en otra «tierra» más fuerte.
(Pausa. JUANA *recobra su fuerza.)*
Mi pregunta es bien sencilla.
Responde si has comprendido.

JUANA. Sí, señor. Habrá caído
allá..., junto a la capilla.
En sus últimos instantes
hacia sí le habrá llamado
con destellos vacilantes.

REY. *(A los centinelas.)*
Donde dice, buscad bien,
y avisadme si le halláis.

*(*CABRERA *y* ZURITA*, precedidos de los Pajes, hacen un movimiento para salir.)*

JUANA. Un momento: no vayáis

sin mí, que quiero ir también.

REY. Mas ¿vencer y resistir
podrás al verlo el dolor?

JUANA. Cuando al perderlo, señor,
no me hizo el dolor morir,
no ha de matarme, de cierto,
en mi empresa de buscarlo,
la ventura de encontrarlo
ni aun encontrándolo muerto.

(Salen por una de las galerías de la izquierda JUANA, ZURITA *y* CABRERA, *precedidos de los Pajes.)*

ESCENA III

DON JAIME *y el* REY.

JAIME. Pensáis a todo pensar
para mi hermano un castigo,
y pensando estoy conmigo
cómo poderlo salvar.
REY. ¿Tan grande afecto le tienes?
JAIME. Es mi hermano, y en rigor
jamás alcanzó, señor,
ni más gloria ni más bienes
que mi fraternal ternura;
y si a esa piedra tornáis
(Señalando al sepulcro de su padre.)
la mirada, y si escucháis
algo que sé que murmura,
aunque escuchéis con desdén,
mal que os pese y mal que os cuadre,
oiréis la voz de mi padre
que me dice que hago bien.
REY. Sobre cariños humanos
y sobre humanas pasiones,
que al llegar a estas regiones
se deshacen en las manos,
hay, Argelez, algo eterno,
algo que no es de este mundo:
«un cielo» allá en lo profundo...
JAIME. ¡Sí, ya lo sé, y «un infierno»!
(Con cierto enojo y como si completase el pensamiento del REY.*)*
Y bien: será ceguedad,
o pecado, o maleficio;
mas si deseáis a tal juicio
someter mi voluntad;
si queréis, rey de Aragón,
que esa justicia severa
que en vos implacable impera,
impere en mi corazón,
arrancadme de raíz,
porque yo, señor, no puedo,
el cariño de Manfredo
y el amor de mi Beatriz.
REY. *(Después de contemplarle algunos momentos.)*
¡Por Dios que estás apegado
a las cosas de la vida!
No importa: tu rey no olvida
que eres un noble soldado.
Quedamos, pues, en que haré
cuanto pueda por el mozo,
que yo ni medro ni gozo
con dar tortura a tu fe.
JAIME. ¡Ah mi señor!...
REY. En conciencia

no me debes gratitud,
que mi virtud no es virtud.
¡Ay de aquel que en la existencia,
renunciando a mejor palma,
y por capricho bizarro
en un ídolo de barro
pone por entero el alma!
Que si contra el mármol frío
(Señalando el sepulcro.)
choca y se deshace al fin,
al trocarse en polvo ruin
queda el alma en el vacío.
Pero escucha...

JUANA. *(Desde fuera.)*
¡Mi Roger!

JAIME. ¡Es Juana!

REY. ¡Su llanto, sí!

JUANA. *(Como antes, pero más cerca.)*
¡Rey de Aragón, por aquí!

JAIME. ¡Ya viene!

REY. ¡Pobre mujer!

ESCENA IV

DON JAIME *y el* REY*;* JUANA*, por una de las galerías de la izquierda.*

JUANA. *(Vacilante, pálida, terrible; como la actriz crea que deba presentarse después de haber abrazado el cadáver de su esposo y al venir a reclamar venganza del* REY.*)*

Me prometisteis justicia,
¿no es verdad? Pues ha llegado
el momento. Está encontrado.
(Señalando hacia dentro.)
¿No decís que nada vicia
ni destruye en Aragón
la rectitud de la ley?
Pues a demostrarlo, rey,
que allá espera la ocasión.
Sobre las losas mi esposo,
muy cerca de la capilla,
y la lámpara que brilla
de ordinario en el piadoso
recinto de la sagrada
Virgen que en él se venera,
en el suelo, por de fuera,
a su lado y apagada.
Un pergamino o papel
estruja su mano fría:
el mensaje que traía
debe estar, señor, en él;
en la otra mano, un punzón
o de madera una astilla...,
lo que sea..., rojo brilla
al resplandor del hachón.
Lo mojó en sangre sin duda,
que encerráronlo ya herido:
el pecho tiene partido
y su espada está desnuda.
Venid conmigo de priesa,
venid y vos lo veréis,
venid si es que mantenéis
vuestra justicia y promesa.
Y pronto, que están, señor,
este suelo profanado,
aquel cadáver helado
y aún impone el matador.

REY. Ya te sigo.

(El REY *y* JUANA *se dirigen a la galería por donde ésta vino.* DON JAIME *los acompaña.)*

JUANA. *(Deteniéndose.)*
¿El de Argelez
viene con nosotros?

JAIME. Sí.

JUANA. Pienso que bastan allí
las dos víctimas y el juez.
(Con reconcentrado encono.)

Su presencia no apetezco.

JAIME. *(Señalando al* REY.*)*
¿Torcer pretendes su fallo?

REY. *(Con severidad.)*
¡Basta, conde!

JAIME. Basta y callo.

REY. Espéranos.

JAIME. Obedezco.
(Salen el REY *y* JUANA.*)*

ESCENA V

DON JAIME, *solo.*

JAIME.

¿Qué tiene esa losa fría,
techumbre de un mundo helado,
que ilumina lo pasado
con la luz de un nuevo día?
¿Por qué en su región sombría,
por qué en su cóncavo inerte
todo se ve de otra suerte,
todo se ve de otro modo?
¿Por qué se transforma todo
en el seno de la muerte?
Sepulcro de mis mayores,
¿qué me tienen reservado
en este cóncavo helado
de la muerte los rigores?
¿Qué suplicios? ¿Qué dolores?
¿Qué engendros de su furor?
¿Ni cómo hasta mí, Señor,
sus asaltos llegarán,
si entrar no puede Satán
en el cielo de mi amor?

ESCENA VI

DON JAIME, BEATRIZ *y* MANFREDO*; los dos últimos, por el fondo, ya por la escalera, ya por el corredor en que la escalera termina.*

JAIME. Cuando la negra barrera
que separa vida y muerte
traspase, cayendo inerte
hacia dentro desde fuera,
¿bajo qué forma primera
la verdad vendrá hacia mí?
Sepulcro, ¿qué veré en ti
que no lo sé y tengo miedo?

BEATRIZ. ¡Mi Jaime!

JAIME. *(Volviéndose.)*
¡Beatriz! ¡Manfredo!
¡Vosotros!...

BEATRIZ. Nosotros, sí.

(Pausa. BEATRIZ*, con angustia profunda, como si aún viese lo que pinta y como buscando instintivamente amparo en* DON JAIME.*)*

Las horas pasaban rápidas
y mi impaciencia era grande.
Algo sucede, decía,
cuando no regresa Jaime.
Por la ventana miré,
y en el patio hay un enjambre
de escuderos y soldados
y de fieros almogávares.
Todos hablan de Roger,
y a veces miran audaces
a mi ventana. De fijo
murmuran cosas infames.
Me dió espanto y fuime adentro,
cerrando bien los cristales,
cuyos colores tomaban
tinte cárdeno al mirarme.
El solitario salón
más solitario mostrábase
que nunca, y aunque llamé,
fué en vano: no acudió nadie.
Sólo por la galería,
de cuando en cuando, algún paje,
como si huyese, cruzaba
muy de prisa y sin mirarme,
o algún soldado del rey,
su oscuro y feroz semblante
mostraba un punto a la puerta
entre curioso y cobarde,
o algún pájaro nocturno
que el alba sorprendió errante,
chocaba ya atolondrado
del balcón en los cristales,
pintando un monstruo con alas

su sombra en los arquitrabes.
Tuve miedo.
(Abrazándose a DON JAIME.*)*

JAIME. ¡Mi Beatriz!

BEATRIZ. Perdí el juicio, y a llamarte
me puse a gritos.

MANFREDO. Entonces
yo acudí, y a todo trance
quiso bajar al panteón;
con lo cual, para librarla
de impaciencia sin motivo
y de temores sin base,
a ser su guía prestéme,
y aunque a mi pesar, la traje.

BEATRIZ. *(Aparte.)*
Parece que es su destino
a estas regiones guiarme.
¡Bien venida!, si hallan fin
en sus sombras mis pesares.
(En voz alta.)
¡Qué negro todo!

JAIME. Fué negro
antes de que tú bajases:
pero al verte, sus tinieblas
se convierten en celajes.
¡Vuelva el carmín a tu rostro
con tinta cálida y suave,
y al menos por una vez
aquestos helados mármoles
comprendan lo que es la vida
al ver tu hermoso semblante,
y por sus cuerpos de piedra
circule calor de sangre!

MANFREDO. *(A* BEATRIZ*, que está en los brazos de* DON JAIME.*)*
Tú eres la vida, bien dice,
y por ser tuya, es de Jaime;
conque mal estáis los dos
entre losas sepulcrales.
Idos arriba: a la luz.
A mí entre sombras dejadme,
que yo soy de estas regiones,
y aquí estoy con mis iguales,
como ese rey de Aragón
dijo anoche al afrentarme.

JAIME. ¡Manfredo!

MANFREDO. *(Asomándose a una de las galerías transversales de la izquierda.)*
Mira, allí viene,
y a su lado a Juana trae,
y los preceden a entrambos
con hachas dos almogávares.
La justicia y la venganza
juntas por la misma calle
de sepulcros: buen camino
tomaron para buscarme.

Que vengan, que yo seré
maldito, mas no cobarde;
que vengan, que, aunque bastarda,
es de Argelez esta sangre,
y quizá desde su lecho
de muerte me ve mi padre.

ESCENA VII

BEATRIZ, DON JAIME, MANFREDO, *el* REY, JUANA, CABRERA, ZURITA *y un* PAJE. CABRERA *y* ZURITA *vienen delante; los dos* PAJES, *con hachas; después, el* REY*; después,* JUANA*; todos por la izquierda. El* REY *trae un pergamino en la mano.*

REY. *(A* MANFREDO.*)*
Por tu impulso viniste: no me pesa.
Mi enojo no te espanta: que me place.
El hombre que no afronta su destino
de cara y sin temblar es un cobarde.
Puedes estar tranquilo por tu víctima:
del suelo del panteón sepulcro y cárcel
hicieron esos dos, dando piadosos
(Señalando a los almogávares.)
cristiano fin a lo que tú empezaste.
Al lado de su fosa, ya colmada,
otra mandé cavar profunda y grande,
por si hay quien quiera, al acabar sus días,
junto al fiel escudero reclinarse.
Él cumplió como bueno, que afanoso
guardó en su helada mano este mensaje;
(A JUANA.*)*
buen marido te dió tu buena estrella;
mala muerte le dió mano implacable.

JAIME. Señor...

REY. Espera. A tu castillo sube,
ordena que mi gente se prepare,
y la tuya dispón, que antes que el día
del cielo hasta la cumbre se levante,
voy a partir, y partirás conmigo,
a librar de un segundo Roncesvalles
al rey de Francia, que humillado vuelve
en procesión luctuosa a sus hogares.
Demandóme perdón; yo generoso
le permití volver sin inquietarle.
Pero vamos a ver desde las cumbres
quien entra en esta tierra cómo sale.

JAIME. Obedezco.

REY. Salid.

(A los Almogávares y a los Pajes. Se dirigen al fondo JAIME*, los Almogávares y los Pajes; éstos, delante.)*

Tú, Juana, vete.

JUANA. *(En voz baja.)*
¿Y el castigo, señor?

REY. *(Lo mismo.)*
Aquí con sangre
tu Roger lo escribió.

JUANA. ¿Y ha de cumplirse?

REY. Cuando venció mi brazo en el combate,
yo siempre perdoné; decirlo puede

ese soberbio rey que a Francia vase.
Mas nunca en mí clemencia hallar pudieron
de la traición las alevosas artes;
que lo diga también, y era mi hermano,
desde el fondo del Cinca, Fernán-Sánchez.

JUANA. *(A* BEATRIZ.*)*
Tranquila os dejo.

REY. En mi palabra fría.
Yo, a castigar su muerte; tú, a llorarle.

(Sale JUANA *mirando a* MANFREDO *y a* BEATRIZ*, que, instintivamente, están juntos.)*

Vosotros, no. Que de este pergamino
(Previniendo un movimiento de ambos.)
hemos de hablar los tres, ¡voto a San Jaime!

ESCENA VIII

BEATRIZ, *el* REY *y MANFREDO.*

REY. Con sólo miraros creo
lo que me dice el escrito,
que la prueba del delito
la lleva en el rostro el reo.

MANFREDO. Inútil prueba, a mi ver,
porque jamás he negado
que esté mi hierro manchado
con la sangre de Roger.

REY. Escucha y el labio sella,
que con la verdad arguyo:
tu crimen no es sólo tuyo;
(Señalando a BEATRIZ.*)*
un cómplice tienes: ella.

MANFREDO. ¿Quién?... ¿Beatriz?...

BEATRIZ. *(Aparte.)*
La expiación.

MANFREDO. *(Con violencia y señalando el pergamino.)*
¡Miente el impostor inmundo!

REY. ¡Jamás miente un moribundo!,
ni miente el rey de Aragón.
Con su mano casi inerte,
y con caracteres rojos,
la causa de tus enojos
y la historia de su muerte,
en aqueste pergamino
dejó escrito el infeliz.

MANFREDO. *(Con ansiedad.)*
¿Y en él habla...?

REY. De Beatriz,
y, además de su asesino.
(Acercándose al hachón que está en el sepulcro, y leyendo.)
«Yo juro, y juro al morir,
ante esa santa capilla,
decir la verdad sencilla
en lo que voy a decir.
Anteayer de madrugada
bajé al salón, según creo,
a recoger del trofeo
para mi viaje una espada.
La estancia estaba desierta,
la mañana estaba oscura,
rechinó una cerradura
y a poco abrióse una puerta.
Alzó un doncel el tapiz,
pasó una dama el dintel;
era Manfredo el doncel
y era la dama Beatriz.
Se miran con embeleso
y se despiden los dos,

ahogando un último adiós
en un suspiro y un beso.
Grito: «¡Infames!», sin querer;
viene a mí, después luchamos,
luchando al panteón llegamos,
y llego para caer.
Él la puerta de metal
empuja sobre su gonce,
y da sepulcro de bronce
a su secreto fatal.
De este modo conseguir
mi silencio imaginaba:
si acertaba o no acertaba,
que lo diga el porvenir.
Yo la infamia de los dos,
y su pena o su destino,
dejo en este pergamino
a la voluntad de Dios.
Sea, pues, lo que ha de ser:
yo muero como leal.»
(Sin leer.)
Y acaba y dice al final:
(Leyendo.)
«El escudero Roger.»

(Pausa. MANFREDO *y* BEATRIZ *quedan confundidos y anonadados. El* REY *los contempla frío y sereno.)*

¿Es exacto lo que aquí
ese vasallo escribió?
Responde, Manfredo.

MANFREDO. *(Con enérgica desesperación.)*
No.

REY. Responde, condesa.

BEATRIZ. *(Resueltamente.)*
Sí.

REY. Confesión de buena ley.

MANFREDO. Que sólo el delirio arranca.

REY. No tan firme, no tan franca.

BEATRIZ. Como la debo a mi rey.

REY. *(A* BEATRIZ.*)*
Que mucho arriesgas advierte.

BEATRIZ. A todo estoy prevenida.

REY. ¿Tanto te pesa la vida?

BEATRIZ. Tanto, que busco la muerte.

REY. Quien deshonra su blasón
y deshonra al de Argelez;
quien echó sobre su tez
para siempre tal borrón,
si ha buscado por castigo
la muerte en esta jornada,
que la dé por encontrada
al encontrarse conmigo.

MANFREDO. Si alardes de justiciero
queréis hacer, no me opongo,
y el cuello tranquilo pongo

bajo el corte de ese acero.
Pero es irritante yugo,
más que justicia severa,
confundir de esa manera
la víctima y el verdugo.
Yo terco la perseguí,
yo en mi fuego la inflamé,
ocasiones preparé
y por la fuerza vencí.
Yo, don Pedro de Aragón;
yo, que triunfé de este modo,
lo merezco todo, todo;
ella, sólo compasión.

BEATRIZ. Cuando no perdí la vida
es que falté a mi deber;
cuando me dejé vencer
es que debí ser vencida.
Ya veis que todo me acusa,
que yo misma me he juzgado,
que no busco en mi pecado
causa, pretexto ni excusa.
Pero ya que de este modo
mi vida yo misma os doy,
por quien sois y por quien soy,
¡que Jaime lo ignore todo!

MANFREDO. Él debe ignorarlo, sí.

REY. *(Aparte, y pensativo.)*
Quizá lo mejor sería.

MANFREDO. Y yo sólo sufriría
lo que sólo merecí.

BEATRIZ. Si de ambos la culpa ha sido,
de ambos el castigo sea.

REY. Ya ves cómo lo desea.

MANFREDO. *(Al* REY*, procurando convencerle.)*
¡Si ha mentido! ¡Si ha mentido!

BEATRIZ. ¿Tú solo? No. Yo también.
(Al REY*, como suplicando.)*
¿No es verdad?

MANFREDO. ¡Calla, infeliz!

BEATRIZ. ¡Quiero morir!

MANFREDO. ¡No, Beatriz!

BEATRIZ. ¡Quiero morir!

MANFREDO. ¡No, mi bien!

(En un arranque de pasión, olvidándose del REY*, acercándose a ella y cogiéndole las manos.)*

REY. ¿Tanto os amáis, ¡vive Dios!,
que ni la misma agonía
os ataja en tal porfía?
¡Pues bien, moriréis los dos!
(Con terrible enojo.)
Nada sabrá el de Argelez,
limpia su honra quedará,
que venganza le dará
su monarca como juez.

Y libre veráse al fin,
por justicia soberana,
de una esposa cortesana
y de un hermano Caín.

MANFREDO. Basta ya.

BEATRIZ. Gracias, ¡oh rey!;
cuanto deseaba me dais.

MANFREDO. ¡La justicia atropelláis!

REY. A igual delito, igual ley.

ESCENA IX

BEATRIZ, MANFREDO, *el* REY *y* DON JAIME, *cuatro* PAJES *con hachones, varios* CABALLEROS *y* ESCUDEROS. *Todos por la puerta del fondo.*

REY. Mas un rumor lejano se percibe
cual si bajase gente la escalera,
haciéndola crujir el peso grave
y el choque rudo del arnés de guerra.
Ahí vienen, sí, con Argelez al frente,
(Acercándose al fondo.)
y entre rojas antorchas que flamean.

JAIME. Justicia, ¡oh, rey!, a demandaros vengo,
aunque ya di comienzo por mi cuenta
a la que vos sin duda haréis más tarde
en esa maldecida soldadesca,
y algunos que braveaban hace poco
en el patio las losas ensangrientan.

REY. A punto vienes si justicia pides,
que estábamos los tres en tal faena.
¿Quiénes faltaron, conde?

JAIME. Los soldados
a que con vos, señor, la fortaleza
hospedaje leal brindó orgullosa.

REY. ¿Y cuál la causa fué?

JAIME. La airada lengua
de Juana, y de mis gentes las patrañas,
y la ruin condición de la plebeya.

REY. En suma: ¿a qué llegaron?

JAIME. ¡A pedirme!...
¡Si no lo adivináis! ¡Si no hay quien pueda,
ni la maldad llevando hasta el delirio,
ni alzando hasta lo absurdo la insolencia,
ni aun así, sospechar lo que esos hombres
pidieron...; no, que aullaron como fieras!

REY. ¿Pidieron?... Di.

JAIME. ¡La vida!...

REY. ¿De tu hermano?

JAIME. *(Hace una señal afirmativa, se detiene y al fin dice, acercándose al* REY.*)*
¡Y la vida, señor, de la condesa!
¡De Beatriz!..., ¡de mi esposa!... ¡Si yo al pronto
ni pude comprender tanta demencia!

REY. ¿Y comprendiste al fin?

JAIME. Ellos lo digan,
pues ellos recibieron la respuesta.
«¿Vidas queréis -les dije-, miserables?
Pues a cargo de aquéllas, tomad ésta»;
y arremetiendo a la canalla imbécil,
de tal modo sacié mi rabia en ella....
que ya lo veis, señor, casi tranquilo
pude volver del rey a la presencia.

REY. Que a la ley de hospedaje mis soldados

turbulentos faltaron, bien me pesa,
que aun pidiendo en justicia, quien mal pide
de su propia razón hace su afrenta.

JAIME. ¡Aun pidiendo en justicia!

(Pausa. Mira al REY *con asombro; mira alternativamente a* BEATRIZ *y a* MANFREDO*, que deben estar a su espalda y derecha del actor, y queda, durante algunos momentos, como extático.)*

No comprendo
lo que queréis decir.

REY. Que una sentencia,
por crimen de traición a su monarca,
dictaba yo aquí dentro, mientras fuera
por reclamar castigo semejante
acuchillabas a la guardia regia.

JAIME. ¿Una sentencia?

REY. Sí: contra el bastardo...
y otro cómplice más.

JAIME. ¿Quién?

REY. La condesa.

JAIME. ¡Contra Beatriz! ¡No es cierto! ¡No es posible!
¡Contra Beatriz, y vos! ¡Vana quimera!
¡Yo solo soy su dueño! Esa corona,
todo vuestro poder, vuestra grandeza,
las glorias de Sicilia, las del mundo,
ante Beatriz, ¿qué son? ¡Humo y pavesas!

REY. Que yo nunca he pecado de sufrido,
y que hablas con tu rey ten muy en cuenta,
y freno de respeto date prisa
a poner a tus manos y a tu lengua,
si no quieres que ponga otro de hierro
que hace bajar al suelo las cabezas.
Roger por mi mensaje era sagrado
hasta llegar con él a mi presencia.
Sin embargo, Manfredo muerte dióle,
y Beatriz toleró tan grave ofensa.
Condesa de Argelez, perpetuo encierro
te enseñará con sombras y tristezas
que a la lealtad debida no se falta
(Con doble intención.)
mientras don Pedro de Argelez gobierna.
Bastardo de Argelez, saldremos todos
de esta mansión en que la muerte impera:
nosotros, a buscar la luz del día;
a entregar tú al verdugo la cabeza.
(A los caballeros, señalando a BEATRIZ.*)*
Llevadla a Barcelona.
(A MANFREDO.*)*
Tú, a la muerte.
(A DON JAIME.*)*
Y tú conmigo, a lo alto de la sierra.

JAIME. *(Con ira contenida, pero con reposo y dignidad, y refiriéndose primero a* BEATRIZ*, luego, a* MANFREDO.*)*
Ni a Barcelona irá mientras yo exista
y un hierro sostener mi mano pueda,

ni he de salir sin él, si el firmamento
encima de la torre se viniera,
ni el conde de Argelez ha de seguiros,
monarca de Aragón, ni en paz ni en guerra,
(Golpeándose el pecho.)
varón aragonés, el fuero escudo
de libertad en la ocasión extrema.
Diránlo así de desafiamiento
cartas que provocó vuestra fiereza.
(Señalando a BEATRIZ *y a* MANFREDO.*)*
Y con ella y con él y con mi gente
pasaré de Castilla las fronteras.
Desnaturalizarme es mi derecho,
la ley me ampara de mi noble tierra.
Y a donde más sus glorias se respeten
mi espada llevo y llevo mi bandera.

REY. Desnaturalizarte es tu derecho,
y nadie lo disputa ni lo niega;
por más que en esta vez el fuero ampare
torpes ingratitudes y soberbias.
Pero Beatriz, pero Manfredo, conde,
bajo mi ley están y aquí se quedan.
Traidores a su rey fueron entrambos,
y ha de cumplirse en ellos mi sentencia.
¡Hola! De esa mujer y de ese hombre,
sin más vacilación, de grado o fuerza,
afiáncense los cuerpos, y tú, ingrato,
vete, que yo te libro de obediencia.

(Los caballeros a quienes el REY *se ha dirigido pretenden apoderarse de* BEATRIZ *y de* MANFREDO*;* DON JAIME *desnuda la espada; describe con ella un terrible semicírculo, aleja a todos y pónese delante de su esposa y de su hermano.)*

JAIME. Quien se acerque a los dos bueno es que mire
que a mi espada y a mí también se acerca.

REY. ¡Preciso es acabar!

JAIME. Todo se acaba:
el honor, la lealtad...

BEATRIZ. *(A* MANFREDO*, señalándole el lado en que está el* REY *y como proponiéndole que pasen.)*
¡Allí!...

MANFREDO. Pues sea.
Gracias, hermano.

(Por la espalda de DON JAIME *pasa al grupo de caballeros y se entrega.)*

BEATRIZ. Gracias, Jaime.
(Lo mismo que MANFREDO.*)*
¿Adónde,
insensatos, corréis?

BEATRIZ. *(Ya desde la izquierda.)*
A donde llevan
a tu hermano, el deber, porque es tu sangre;
a mí, Jaime, tu amor y mi conciencia.
(Al REY.*)*
Tuyos somos, señor; que Jaime salga.

JAIME. ¿Sin vosotros? ¡Jamás! ¡Pensad que llegan
olas de sangre al corazón hirviente;

olas de fuego a la abrasada lengua;
olas de sombra a mi cerebro loco;
olas de muerte a mi indomable diestra!
Y en esta tempestad de mis pasiones,
sobre el mar de mis aras turbulentas,
sólo flotan dos seres, dos tan sólo:
Manfredo..., ¡por hermano! Ella..., ¡por ella!

REY. *(Sin poderse contener.)*
Mal te está en defender con tanto empeño...
¡tu deshonra!

(Movimiento de DON JAIME, BEATRIZ *y* MANFREDO.*)*

JAIME. ¡No más!

REY. ¡Y tu vileza!

JAIME. ¿Por vileza tenéis que de un hermano
la vida con mi vida así defienda?
Bien se advierte, señor, que el fratricidio
¡es el primer florón de tu diadema!

REY. *(Arrojándose sobre él.)*
¡Miserable!

JAIME. ¡Yo, no; quien en el Cinca
hundió de Fernán-Sánchez la cabeza!

(El REY *se detiene; queda un momento como acobardado ante aquel recuerdo; después, con acento sombrío y reconcentrado.)*

REY. ¡Mejor es eso que vivir sin honra!

JAIME. ¿Y quién vive sin ella?

REY. ¡Tú!

*(*DON JAIME*, que está todavía con la espada desnuda, se arroja sobre el* REY*; los caballeros que rodean a éste se arrojan sobre* ARGELEZ*;* DON PEDRO *los separa con ademán soberbio y se acerca a él.* DON JAIME *se detiene.)*

JAIME. ¡La prueba!

REY. Por traidor a tu rey, más que la muerte
de merecer acabas. Toma, y lean
esos ojos, si pueden, estas líneas
y cieguen, lloren, salten de vergüenza.

(Le entrega el pergamino. Pausa. DON JAIME *lo toma sin comprender nada y mirando a todos con asombro; después se aproxima al hachón que está clavado, desde que principió el acto, en el sepulcro de su padre.* BEATRIZ *y* MANFREDO *se hunden, por decirlo así, en la sombra, a espaldas de dicho sepulcro, pero de manera que sean vistos por el público. El* REY*, a la derecha de* DON JAIME.*)*

JAIME. *(A medida que lee.)*
¡Ah!... ¡No!... ¡Jesús!...

(Suspende la lectura, se oprime la cabeza entre las manos como para coordinar sus ideas. De pronto, lanza un grito, como recordando la extraña escena de la noche precedente, cuando se presentó de improviso a su esposa y a su hermano.)

¡A mi llegada!... ¡Pronto!...
¡Beatriz! *(Buscando por todas partes.)*

REY. Se oculta entre la sombra espesa:
no acudirá a tu voz. *(Al oído.)*

JAIME. *(Vacila; mira al* REY*, mira a todas partes; al fin se acerca a la tumba de su padre.)*

¡Yo también quiero
silencio!... ¡y soledad!..., ¡muerte! y ¡tinieblas!
¡Acógeme en tu seno, padre mío!
¡Dame un beso de amor, uno siquiera!

¡Escultura que duermes, junta, junta
a mi afrentada faz tu faz de piedra!

(Cae sobre el sepulcro de su padre, abrazándose a la escultura yacente y uniendo su rostro al de ella. Pausa. Toda esta situación queda encomendada al actor y a su talento. Algo hay que hacer aquí: el autor no lo sabe; la inspiración del artista puede adivinarlo tan sólo.)

Gracias, padre: me dió tu helado mármol
cuanto a poder pedir yo le pidiera:
el frío de la muerte. A tus mejillas
de las mías pasó toda la afrenta.
Mas yo te vengaré: me diste calma;
yo te daré satisfacción completa.

REY. *(Acercándose y en voz baja.)*
Te perdono, Argelez.

JAIME. *(Lo mismo.)*
Ya no es posible
ni perdonarme a mí, ni a él ni a ella.
(En voz alta.)
En vez de ese perdón, yo necesito
una gracia no más.

REY. Pide y no temas.

JAIME. Dejadme castigar a los infames.
Consentid que una vez el juez yo sea...

REY. Mi autoridad te doy: lo que dispongas
se cumplirá.

JAIME. Juradlo.

REY. Por la eterna
memoria y por el alma de mi padre.
Que Dios, si falto, me lo tome en cuenta.

JAIME. Gracias, señor.
(Pausa. Inclinándose ante el REY*, como suplicando.)*
Salid de este recinto.
(A los demás.)
Al monarca seguid. La doble puerta
a su cerco de bronce haced que ajuste.

REY. ¿Y tú?

JAIME. Me quedo aquí.

REY. ¿Solo?

JAIME. *(Con acento que el actor sabrá cuál ha de ser.)*
¡Con ella!
Y también con Manfredo. Ha de cumplirse,
y con creces, señor, vuestra sentencia.

REY. ¡La tuya! ¿Por qué causa?

JAIME. Yo a la vida
del monarca atenté. Mi torpe lengua
a su corona osó.
(En voz baja.)
Yo fui quien, loco,
por aquella mujer la fortaleza
entregó al enemigo.
(El REY *le mira con sorpresa.)*
¿No os parece
que a mi crimen se ajusta bien mi pena?
Jurasteis por don Jaime, vuestro padre.

REY. ¿Tú lo quieres?

JAIME. Lo exijo.
REY. Pues bien, sea.
Salid.
(Al acompañamiento, que comienza a salir muy lentamente.)
JAIME. Señor, la mano.
REY. Toma, conde.
(Se arrodilla y besa la mano del REY.*)*
Aún es tiempo.
JAIME. Ya no. Vedlos: esperan.
(Señalando a BEATRIZ *y a* MANFREDO*, que están en un ángulo.)*
REY. ¡Que Dios, cuando te juzgue por tus faltas,
tu amor y tu maldad reciba en cuenta!
(Sale también por el fondo. Se ve subir lentamente por la escalera una masa de caballeros, pajes, luces y pendones. Es la vida que sube y se ve como expresan los siguientes versos. DON JAIME *va en último término. Siempre procurando ocultarse,* BEATRIZ *y* MANFREDO*; la actitud de ambos queda encomendada a los actores.)*
JAIME. Ya la luz, ya la vida, ya las pompas
del mundo, y sus honores y grandezas;
ya del arnés el fulgurante brillo,
ya el soberbio ondular de las bandejas,
ya todo huye de mí; ya lodo sube
de mi viejo castillo a las almenas.
¡Adiós, fantasmas de ilusiones vanas,
seres que allá volvéis a la existencia,
imágenes de luz y de colores,
tornad al sol; yo quedo en las tinieblas!
(Cerrando él mismo la puerta del fondo; se oye el rechinar de los goznes y el choque metálico al encajar. Esto es preciso, porque es de buen efecto. Queda el panteón iluminado tan sólo por la antorcha del sepulcro; en un rincón, BEATRIZ *y* MANFREDO*; en el centro,* DON JAIME.*)*
¡Cruje, puerta de bronce negra valla
que entre dos mundos el camino cierras!
No volverás a abrirte, que tu llave
a un abismo sin fin conmigo rueda.
(Arroja la llave en el pozo. Pausa.)
¡Ya estamos en el seno de la muerte,
(A BEATRIZ *y a* MANFREDO*, pero sin acercarse a ellos y con acento terrible.)*
caiga deshecha en polvo la materia;
almas, mostrad lo que en la vida fuisteis:
si espíritus, la luz; si tierra, tierra!

ESCENA X

BEATRIZ, DON JAIME *y MANFREDO.*

JAIME. Para hacerme traición habéis tenido
no más que rapidísimos momentos;
para vengarme yo y atormentaros
tengo ante mí la eternidad del tiempo.
Acércate, Beatriz; ven a mis brazos,
(Le obedece BEATRIZ *maquinalmente, pero con lentitud.)*
esposa de mi amor, luz de mi cielo,
la de la tersa frente alabastrina,
la del nevado y pudoroso seno.
Ven a mí: más aún.
(Al fin la coge y la sujeta fuertemente entre sus brazos.)
Quiere tu Jaime.
de esa antorcha contar a los reflejos,
sobre tu suave cutis nacarado,
de tu amante feliz todos los besos.
(Le arroja la cabeza hacia atrás y le acerca la luz; ella lucha por ocultar el rostro y por separarse de DON JAIME.*)*
¡No te separes, no: si no es posible!
¡Si siempre ya los tres hemos de vernos
unidos por los mismos eslabones
de infamia y de dolor en el infierno!
Habla, Beatriz, ¿por qué fuiste traidora?
¡Habla pronto! ¿Por qué? ¿Por qué?
BEATRIZ. No puedo:
un nudo en la garganta...
JAIME. ¡En la garganta,
en ella con mis manos debí hacerlo
la vez primera en que de amor ya loco
ceñí mis brazos a tu blanco cuello!
¡Beatriz! ¿No me contestas? ¿Que no puedes?
Pues descansa, respira, toma aliento;
si no quiero que mueras todavía;
si quiero oír tu voz, si escuchar quiero
cómo mientes, y finges, y me acusas;
descansa... Ya hablarás...
(La arroja a un lado, haciéndola pasar por delante con extrema violencia, y llama con la mano a MANFREDO.*)*
Ven tú, Manfredo.
*(*MANFREDO*, que ya estaba muy cerca, se aproxima.)*
Y en tanto que la sierpe sus anillos
prepara y que destila su veneno,
cuéntame tú de la traición infame
los lances mil, dulcísimos y tiernos.
¡Todo! ¡Todo! ¿Comprendes? Allá arriba
mi deshonra saber y hundir mi hierro
en aquel corazón y en tu garganta
hubieran sido rápidos momentos;
pero aquí, ¿para qué? Si estamos solos;
si escapar no podéis; si ya hemos muerto.

¡Si éste es el solo goce que me resta
al bajar con vosotros al averno!
¡Habla, hermano! ¿También tú desfalleces
como débil mujer o niño enfermo?
¡Como niño! ¡No hay más! Es que recuerdas
de nuestra infancia los alegres juegos.
(Señalando el sepulcro.)
El que ahora duerme allí, en sus rodillas
a los dos nos tomaba, y algún cuento
refería de moros o gigantes
del ancho hogar junto al rojizo fuego.
Con sus robustas manos acercaba
tu cabeza a la mía... ¡Así, Manfredo!

(Hace lo que dice con feroz complacencia, juntando mucho su cabeza a la de su hermano. BEATRIZ *los contempla con terror.)*

Y en una sola, espléndida madeja,
tu cabello abarcaba y mi cabello.
Ahora escuchar le toca en ese mármol,
quizá le ha despertado nuestro acento,
y para oír mejor, hacia la piedra
arrastrándose van sus pobres huesos.
¡Háblale de tu infamia y mi deshonra!
¡Devuélvele a tu vez cuento por cuento!
Pero el tuyo ha de ser largo, muy largo:
¡que no acabe jamás! Ya ves, el tiempo
es como tu traición y mi desdicha:
¡inagotable, inconcebible, eterno!

MANFREDO. Di pronto qué prefieres: ¿darme muerte
o que me mate yo? Si lo primero,
toma y clava.
(Presentándole el puñal.)
Si acaso es lo segundo,
dilo, y yo mismo lo hundiré en mi pecho.

JAIME. Junto a la de Roger, dijo el monarca
que abierta está una fosa.

MANFREDO. Basta; entiendo.

JAIME. Yo daré luz a tu camino, hermano.

(Arranca DON JAIME *la antorcha del sepulcro, viene al centro del escenario y la levanta en alto;* MANFREDO, *apretando el puñal contra su pecho, con la cabeza baja, pero mirando hacia atrás como para ver a su hermano, se dirige a una de las galerías laterales.)*

¡Adiós, Caín! No tuerzas tu sendero.

MANFREDO. ¡Adiós! Si soy Caín por mi delito,
no lo soy por odiarte.

(Con cierta ternura, y ya desde dentro.)

JAIME. ¡Adiós, Manfredo!
(Se oye el ruido de un cuerpo que cae.)
¡Cuanto en el mundo amé!

(Después de mirar a BEATRIZ, *que permanece inmóvil en el centro, y también hacia el sitio en que se supone que cayó* MANFREDO.*)*

¡Luz, ya me sobras!

(Arroja la antorcha hacia la izquierda, se apaga y queda la escena completamente a oscuras; da algunos pasos, se oprime la cabeza con las manos; arranque de desesperación que el actor interpretará.)

¡Y tú también me sobras, pensamiento!

(Se hiere en el pecho, da unos pasos vacilante y va a caer junto al sepulcro. BEATRIZ *se acerca.)*

ESCENA XI

DON JAIME *y* BEATRIZ.

BEATRIZ. *(Buscándole.)*
¡Jaime!... ¡Jaime!... ¡Por piedad!
(Al fin le encuentra, le abraza y le sostiene.)

JAIME. ¡Me encontraste!... ¡Buena suerte!
Antes se encuentra la muerte
que no la felicidad.
(Rechazándola.)
¡Adiós! Vete.

BEATRIZ. ¡No ha de ser!
¡Antes, Jaime, de morir,
(Desesperada.)
quiero hablarte!... ¿Vas a oír?
Dime, ¿y me vas a creer?

JAIME. ¿Creerte?... ¡Bah!... ¿Por qué no?
La mentira inútil fuera;
con aguardar a que muera
te bastaba. Pero no:

*(*BEATRIZ *se prepara a decir algo.* DON JAIME *la interrumpe.)*

responde y no digas nada,
que no hay tiempo para todo,
y llega el fin de tal modo
que mi vida está acabada.

BEATRIZ. ¿Si supieras?...

JAIME. ¡Basta; aquí...
(Llevándose la mano a la garganta.)
siento de sangre una ola!
Contesta una cosa sola...
¿Has de contestarme?

BEATRIZ. Sí.

JAIME. Manfredo murió también,
y tú pronto morirás:
al morir..., ¿dónde caerás?

BEATRIZ. A tu lado.

JAIME. ¿Sí? Pues ven...,
acércate... ¿No es mentira?
Responde.

(Incorporándose.)

BEATRIZ. ¡No!

JAIME. Y, entre tanto,
¿dónde correrá tu llanto?

BEATRIZ. ¡Sobre tu cuerpo!

JAIME. Pues mira...
Abraza mi cuerpo inerte...,
y no ceses de... llorar...,
que así... vinimos a dar...
en el seno... de la muerte.

(Cae muerto sobre el banco de piedra, y BEATRIZ *se abraza a él sollozando. Hasta que el telón baje por completo deben oírse sus horribles y desesperados sollozos. Telón.)*

FIN DE «EN EL SENO DE LA MUERTE»

Freeditorial